



La niña del mostrador

Comedia en tres actos

Manuel Bretón de los Herreros

PERSONAJES

NARCISA.

LA CONDESA.

BASILIO.

CATALINA.

JENARO.

DON FAUSTINO.

BERNARDO.

GABRIEL.

RUPERTO.

DON JOAQUÍN.

GREGORIO.

LUCAS.

DON PANCRACIO.

DON POLICARPO.

DON MARCIAL.

DON ALBERTO.

DON REMIGIO.

DON MARTÍN.

DON BENIGNO.

ISIDRO.

UN FOSFORERO.

Concurrentes a un café.

La escena es en Madrid.

Acto I

Gabinete en casa de la CONDESA. La puerta principal en el foro; otra a la derecha y otra a la izquierda. Bufete de señora con recado de escribir.

Escena I

DON JOAQUÍN. GREGORIO.

GREGORIO está acabando de pasar el plumero a los muebles: DON JOAQUÍN llega por el foro.

DON JOAQUÍN.- Gregorio.

GREGORIO.- ¡Oh señor don Joaquín!

DON JOAQUÍN.- ¿La Condesa...?

GREGORIO.- No recibe. Ya se lo habrá dicho a usted Martín.

DON JOAQUÍN.- Creo que sí; pero yo he prescindido...

GREGORIO.- Nos ha dado a todos la arden de...

DON JOAQUÍN.- Lo supongo; pero tales órdenes no hablan conmigo: soy de casa.

GREGORIO.- Perdone usted. Ha dicho que, hasta nuevo aviso, no recibe hoy a nadie absolutamente.

DON JOAQUÍN.- (Aún dura el enojo. Ya lo había yo previsto; pero en breve...)
(Metiendo la mano en el bolsillo del frac.) Hazme pues el favor...

GREGORIO.- ¿Tarjeta?

DON JOAQUÍN.- No; esta cartita... Sino es que también haya prohibido...

GREGORIO.- No, señor: las cartas no entran en la consigna. ¿Espera usted la respuesta?

DON JOAQUÍN.- Se entiende.

GREGORIO.- Voy al momento. Ya sabe usted que simpatizamos...

DON JOAQUÍN.- Anda.

(GREGORIO entra por la puerta de la derecha.)

Escena II

DON JOAQUÍN.

Bien mirado, no le falta razón para estar conmigo de mal talante. Tal vez fue algo intempestiva mi declaración... Ella me ama: no lo puedo dudar; pero no estaba ayer, por lo visto, en su buen cuarto de hora. Con todo, no fue mi arrebató lo que más la hubo de irritar; que a ninguna mujer nacida le pesa de ser... o de creerse adorada. Sin duda la picaron mis... (Viendo a GREGORIO que vuelve con la carta.) ¿Qué hay?

Escena III

DON JOAQUÍN. GREGORIO.

DON JOAQUÍN.- Pronto ha escrito la respuesta.

GREGORIO.- Es que la respuesta... viene escrita en efecto; pero no de su mano.

DON JOAQUÍN.- (Tomando la carta.) Dame... ¡Mi propia carta! ¡Y sin haberse dignado de abrirla!...

GREGORIO.- ¡Qué lástima! Dirá usted en ella tantas lindezas...

DON JOAQUÍN.- Demasiadas quizá. (¡Me desespera esa mujer!)

GREGORIO.- ¡Oh! eso... No porque sea arisca con usted...

DON JOAQUÍN.- ¡Arisca!... Orgullosa.

GREGORIO.- Bien; pero guapa... No porque yo lo diga, ni porque sea mi ama y señora; pero ¡caspitina si es guapa! De lo más superfino que hay en Madrid.

DON JOAQUÍN.- Pero su hermosura no le da derecho para hacerme tan crudo desaire.

GREGORIO.- Ya, pero una hermosura de condesa..., hágase usted cargo..., no es ahí como la de cualquiera hija de familia.

DON JOAQUÍN.- ¡Oh!, puede que llore un día la pérdida...

GREGORIO.- ¡Eh!, no tome usted pesadumbre por eso. Mujeres hay de sobra.

DON JOAQUÍN.- Cierto.

GREGORIO.- Esa es la cuenta que yo me hice el otro día cuando Casilda, la camarera de la señora, me hizo una por el estilo.

DON JOAQUÍN.- ¿Sí? (¡Tengo una mosca!...)

GREGORIO.- ¡Cuando le digo a usted que simpatizamos!

DON JOAQUÍN.- ¡Oiga!... ¿Te devolvió también alguna carta sin abrir?

GREGORIO.- ¡Quiá! ¿Yo carta? ¡Algún tonto!... Las cartas comprometen...

DON JOAQUÍN.- Dices bien.

GREGORIO.- Y dan tiempo para pensar la respuesta.

DON JOAQUÍN.- Ya...

GREGORIO.- A menos que se respondan con ellas mismas, como verbigracia.

DON JOAQUÍN.- (¡Ah!)

GREGORIO.- Yo enamoro siempre por palabras de presente, sazonadas con tal cual guiño y una que otra pantomima.

DON JOAQUÍN.- Ese es también mi sistema... cuando ha lugar; pero... Ayer mismo - y de ahí tuvo principio sin duda el resentimiento de la Condesa- al concederme la mano cuando me despedía, osé estampar en ella mis labios...

GREGORIO.- ¡Bien! ¿Y qué hizo?

DON JOAQUÍN.- Ofenderse, ruborizarse...

GREGORIO.- ¡Bagatela!

DON JOAQUÍN.- No volveré a dar a usted la mano, me dijo, si ha de interpretar como favor un simple acto de cortesanía. Pronto advertí que había dado un paso en falso; pero, dado ya, no vi otro medio de sincerarme que caer de hinojos y jurar a la esquivada dama la más íntima, la más ciega y la más conyugal idolatría.

GREGORIO.- ¡Lindo! ¿Y entonces? Se pondría hecha una furia...

DON JOAQUÍN.- Nada de eso: con frío desden y con risita burlona me respondió que ni creía en mis teatrales protestas de amor, ni...

GREGORIO.- Pues; ni ella se peinaba para usted. (¡Ya lo creo!)

DON JOAQUÍN.- Me exasperó tan altiva repulsa; la atribuí a que pudieran ser ciertos los rumores de que trata de casarse con su apoderado...

GREGORIO.- ¿Con don Faustino? Eso dicen, pero...

DON JOAQUÍN.- ¿Eh?

GREGORIO.- Nada. Prosiga usted.

DON JOAQUÍN.- Abrasado de celos... Sí, Gregorio, caí en la debilidad de tenerlos de un vejete avariento, y en la flaqueza de confesarlos. Perdidos ya los estribos, solté una andanada de pullas contra él, y lo que es peor, contra ella: que lo prefería a mí porque es millonario; que me sacrificaba al vil interés... ¿Qué sé yo?... Y el fruto que saqué de mi temeridad fue...

GREGORIO.- Que le echó a usted con cajas destempladas: es consiguiente. Pues eso propio me vino a suceder a mí con Casilda... Miento; que lo llevo a usted de ventaja la bofetada más sacrílega...

DON JOAQUÍN.- ¡Cómo!

GREGORIO.- Sí, señor; pero debo confesar que fue más alta que la de usted la puntería de mi beso: yo no me ando por las ramas.

DON JOAQUÍN.- ¡Diablos de mujeres! ¡Son tan enigmáticas, tan caprichosas...! Yo esperaba que esta tierna y malaventurada epístola me reconciliase con la ingrata; pero se está en sus trece.

GREGORIO.- Pues ¿y Casilda? ¡Vaya un zuño...! Pero ¿qué importa? Otra me consolará. Ya he echado el ojo a la cocinera, que es moza de chispa y no será tan melindrosa.

DON JOAQUÍN.- No me faltará a mí tampoco mi trapillo..., y aun ando cerca de tenerlo; pero eso no me ha de indemnizar de lo que pierdo. Ahí es nada!, ¡una viuda, joven, ilustre, rica... ¡Qué boda, Gregorio! ¡Y verme suplantado por un estantigua!

GREGORIO.- ¡Ca! No lo crea usted.

DON JOAQUÍN.- ¡Oh!, lo creo a pie juntillas. Pues a no ser cierto ¿se hubiera enfurecido tanto la Condesa al oír mis invectivas? ¿Le hubiera defendido con tanto calor?

GREGORIO.- Y si fuera verdad, ¿tenía más que haber dicho: este es mi gusto, y santas pascuas?

DON JOAQUÍN.- ¿Así confiesa una mujer amores que la ridiculizan o cálculos que la sonrojan? Pero es gastadora, espléndida, y no bastándole ya sus rentas para tanta

ostentación, aspira a los tesoros de ese cuitado, aunque la boda extravagante sirva de pasto sabroso a los gacetilleros.

GREGORIO.- Pues, mire usted, bien puede ser que...

DON JOAQUÍN.- No lo dudes; se casa con él; pero el orgullo... Antes será mártir que confesora.

GREGORIO.- ¿Mártir dice usted? Más fácil es que él lo sea, porque...

DON JOAQUÍN.- Ya es de suponer... Pero entre tanto él me roba mi más lisonjera esperanza. ¡Oh!, le desafiaré, le mataré...

GREGORIO.- ¡Bobada! No aceptaría... Ni aunque le matase usted adelantaría gran cosa con la viuda, porque ha de saber usted... Pero, por Dios, silencio...

DON JOAQUÍN.- ¿Qué quieres decirme? Habla; no temas.

GREGORIO.- Por usted voy a ser chismoso, cosa que aborrezco de muerte; pero la simpatía...

DON JOAQUÍN.- Vamos, ¡acaba!

GREGORIO.- Tiene usted otro rival, ¡y algo más temible que el viejo!

DON JOAQUÍN.- ¿Qué escucho?

GREGORIO.- Un galán misterioso, que entra todos los días por una puerta secreta; no así como quiera, en el gabinete, sino en el mismo tocador de la señora.

DON JOAQUÍN.- ¿Cierto? ¡Oh rabia!

GREGORIO.- Como soy Gregorio. Yo lo he brujuleado...

DON JOAQUÍN.- ¡Falsa mujer!...

GREGORIO.- Si el Matusalén se la lleva, ese... suplemento se encargará de vengar a usted.

DON JOAQUÍN.- (Yéndose.) No; yo me vengaré de los dos...; de los tres. ¡Lo juro!

Escena IV

GREGORIO.

A la puerta.

Pero ¡oiga usted...! Se va echando centellas. (Volviendo a la escena.) Es capaz de hacer una de púpulo, y descubrirme... Ya siento haber charlado tanto.

Escena V

GREGORIO. La CONDESA.

CONDESA.- (Saliendo por la puerta de la derecha.) ¿Se ha detenido mucho don Joaquín?

GREGORIO.- Algo. No se traga así como así una píldora tan amarga.

CONDESA.- Estómago tiene él para eso y para mucho más.

GREGORIO.- Iba tan compungido...

CONDESA.- Bien, no me importa. (¡Petulante!, ¡necio! Espero que no volverá, pero si a tanto se atreve...) Gregorio, para ese caballero no estoy nunca en casa.

GREGORIO.- Bien, señora. (Yéndose.) (¡Y para el otro...! ¡Qué parcialidad!)

CONDESA.- ¡Oyes!

GREGORIO.- (Volviendo.) ¿Señora?

CONDESA.- Ve a casa de mi apoderado, el señor don Faustino, y dile que me haga el favor de pasar a verme antes de las doce.

GREGORIO.- (¡La otra víctima!...) Voy al instante.

Escena VI

La CONDESA.

Dirán que es una locura; pero mi gusto ha de cumplirse, cueste lo que cueste.

(Tocan por dentro a la puerta de la derecha.)

¡Ah!, será mi pintor... (Cierra la puerta del foro y en seguida abre la de la derecha.)

Ahora no hay nadie: entre usted.

Escena VII

La CONDESA. GABRIEL.

GABRIEL.- Señora Condesa...

CONDESA.- Bien venido. Algo ha tardado usted hoy...

GABRIEL.- Disimule usted... Otra obrilla...

CONDESA.- ¡Hola! ¿Va cayendo trabajo?

GABRIEL.- Poca cosa. Como aun no tengo renombre...

CONDESA.- Yo se le he de dar a usted, o poco he de poder.

GABRIEL.- ¡Oh mi amable protectora!

CONDESA.- (¡Qué interesante joven!) Vamos, ¿que está usted haciendo, además de mi retrato?

GABRIEL.- Otro... que no me sacará de pobre.

CONDESA.- ¡Eh! Dios proveerá... ¿Quién se lo ha encargado a usted?, si puedo saberlo.

GABRIEL.- Nadie, señora.

CONDESA.- ¿Cómo pues...?

GABRIEL.- Ni yo le vendería por todo el oro del mundo.

CONDESA.- ¡Calle!... ¡Ah!, ya comprendo: será el de alguna querida...

GABRIEL.- ¿Querida? ¡Ah! Sí.

CONDESA.- ¡Suspira usted para decirlo! ¿Es sólo querida... porque usted la quiere? ¿No es usted correspondido?

GABRIEL.- No sé; aspiro a serlo...

CONDESA.- Es natural. ¿Hermosa?

GABRIEL.- No diré yo tal en presencia de quien las eclipsa a todas.

CONDESA.- Gracias por la galantería.

GABRIEL.- Pero basta que me lo parezca a mí...

CONDESA.- ¡Oh!, y sin duda lo será. Yo le tengo a usted por hombre de gusto. ¡Un artista!..

GABRIEL.- Pero a usted ¿qué le importa...? Quizá soy demasiado impertinente...

CONDESA.- (Y yo curiosa en demasía.) No tal. Pero no será esa deidad muy esquiva, cuando se deja retratar.

GABRIEL.- Se deja, y no se deja

CONDESA.- ¿Qué enigma es ese?

GABRIEL.- Retratándola, cometo una especie de robo...

CONDESA.- ¡Cómo!...

GABRIEL.- Porque lo hago sin su explícito consentimiento.

CONDESA.- ¡Mal hecho! Las facciones del prójimo son una propiedad sagrada.

GABRIEL.- ¿No me ha de ser lícito el copiarlas en un papel, y para mí sólo, si ya las tengo grabadas en el corazón?

CONDESA.- (La respuesta es concluyente, y yo la he merecido.) Pero ¿cómo no ha procurado usted obtener su beneplácito... ¿Será por ventura alguna alta notabilidad, como ahora se dice?

GABRIEL.- Lo es en cierto modo, mas no porque la haya mimado la fortuna.

CONDESA.- Como es ciega, reparto sin discernimiento bienes y males, satisfacciones y penas.

GABRIEL.- La dibujo a hurtadillas...

CONDESA.- ¿A la fortuna?

GABRIEL.- A Narcisa.

CONDESA.- ¡Bonito nombre!

GABRIEL.- Y luego a solas hago en mi casa el retrato al olio, que ya está muy adelantado.

CONDESA.- Más que el mío, sin duda... (¡Ah! ¿Qué estoy diciendo?)

GABRIEL.- Señora...

CONDESA.- ¡Oh!, no crea usted que yo me ofendo... Tendría curiosidad de conocer, aunque no fuese más que en pintura, a esa maravilla.

GABRIEL.- Conmigo llevo el dibujo; pero es un trasunto muy imperfecto del original, y no conociéndola usted...

CONDESA.- No obstante, veamos...

GABRIEL.- (Sacando un dibujo y mostrárselo a la CONDESA.) Mire usted...

CONDESA.- ¡Linda cara!, ¡linda y graciosa en extremo!

GABRIEL.- Pues si eso dice usted de tan informe bosquejo, ¿qué diría...?

CONDESA.- ¿Eh?

GABRIEL.- (Cortado.) Nada; es favor que usted me...; que usted le...

CONDESA.- No se turbe usted. No hay motivo...

GABRIEL.- A mí me puede engañar la pasión...

CONDESA.- (¡Ya lo va enmendando!) (Tomando el retrato y poniendo más atención en él.) Pero este rostro no me es desconocido. ¿Dónde he visto yo...? ¡Ah! sí, sí; esta es la hermosura que tanta celebridad va adquiriendo en Madrid... ¡La niña del mostrador!

GABRIEL.- Sí, señora.

CONDESA.- ¡Y en semejante criatura ha puesto usted sus ojos!

(Le vuelve el dibujo y él lo guarda.)

GABRIEL.- ¿Por qué no?

CONDESA.- ¡Una mujer que vive de darse en espectáculo a todo el mundo, en un café!

GABRIEL.- Pero su modestia, seguro indicio de la pureza de su alma, su habitual melancolía, alguna lágrima que he sorprendido en sus párpados...; todo me dice que está allí contra su voluntad.

CONDESA.- Bien puede ser, sí; aunque mucha virtud se necesita para... Basta; no soy inclinada a pensar mal de nadie. Pero de todos modos mire usted bien lo que hace... Ya volveremos a hablar de ella otro día, ¿sí?; y yo creo que no le serán a usted inútiles los

consejos de una amiga desinteresada.

GABRIEL.- ¿Cómo dudarle cuando tanto debo a la generosidad de usted?

CONDESA.- No se hable de eso. ¿Vamos a continuar mi retrato?

GABRIEL.- Con mucho gusto.

CONDESA.- Pero ¡cuidado! No vaya usted a confundirme con la otra.

GABRIEL.- Señora...

CONDESA.- Mucho ganaría yo, en verdad, con que usted me prestase, por distracción, alguno de sus atractivos.

GABRIEL.- ¡Oh!, usted no necesita...

CONDESA.- Pero, tal como Dios me ha hecho, quiero... lo que pocas; que me retrate usted fielmente: quiero ser yo. ¡Ah! con nuestro largo coloquio, olvidaba... He mandado venir a mi apoderado, y le espero de un momento a otro.

GABRIEL.- Bien; vendré a otra hora, o mañana...

CONDESA.- No; haré por despacharle pronto. Entre tanto, si tiene usted algo que retocar en el ropaje, en el fondo...

GABRIEL.- En efecto... Voy, con permiso de usted...

CONDESA.- Hasta luego.

(Se va GABRIEL por donde vino. La CONDESA abre la puerta del foro.)

Escena VIII

La CONDESA.

Aunque la cara de la moza es para prender a cualquiera, paréceme que el pobre Gabriel obra con poca cordura en dejarse dominar así por una ciega pasión, y sería lástima por cierto... Pero ¡alto aquí, pensamiento mío!, y vamos a cuentas. Pudiera muy bien mezclarse a mi caridad cristiana algún tanto de... ¿De qué diré? De preocupación?... ¿de egoísmo?... ¿de amor acaso? No. ¡Qué locura!... Pero ello es que de buena gana le hubiera yo excusado la confianza que me ha hecho. ¡Ah! no, no; antes se la debo agradecer, si en efecto peligraba la libertad de mi corazón. Por dicha, es tiempo aún de defenderla y dar a este naciente cariño la dirección que cumple a mi sosiego y a mi decoro.

GREGORIO.- (A la puerta del foro.) El señor don Faustino.

(Se retira.)

Escena IX

La CONDESA. DON FAUSTINO.

CONDESA.- Adelante, amigo mío.

DON FAUSTINO.- A los pies de usted.

CONDESA.- Sentémonos.

(Se sientan.)

Siento haber incomodado a usted...

DON FAUSTINO.- ¿A mí? De ninguna manera. Mi deber es apresurarme a cumplir las órdenes de mi ilustre poderdante.

CONDESA.- Gracias. Le llamo a usted para decirle que estoy resuelta a comprar esa casita medianera.

DON FAUSTINO.- ¡En un precio tan exorbitante!

CONDESA.- Tiene ventanas a mi jardín... No quiero registros.

DON FAUSTINO.- Pero, señora, poseyendo un palacio, ¡ha de codiciar usted ese tugurio!

CONDESA.- Por lo mismo que habito un palacio, deseo que tenga todas las condiciones de tal. Ya que no sea todo él de mármol, que harto lo siento, quiero vivir con holgura. Necesito una manzana para mí sola.

DON FAUSTINO.- Es mucho...

CONDESA.- Orgullo iba usted a decir, ¿eh? Pues no lo es; que ni en mi casa ni fuera de ella desdeño el trato de ninguna persona honrada, por humilde que sea; pero gusto de vivir con toda comodidad, y mientras pueda hacerlo sin daño de tercero y sin entraparme...

DON FAUSTINO.- Con todo, debe usted reflexionar...

CONDESA.- ¿He de imitar yo a esos ricachos de antuvión que, contando las fincas a docenas, no se atreven a reservarse una para su vivienda?

DON FAUSTINO.- Pido la palabra para una alusión personalísima.

CONDESA.- No lo digo por usted, señor don Faustino. Usted a lo menos, no la echa de personaje...

DON FAUSTINO.- Ni quiero, ni lo soy. ¡Buenagana!...

CONDESA.- Usted es un bendito..., una especie de filósofo...

DON FAUSTINO.- Sí, a mi manera.

CONDESA.- En fin, hoy compro la casa.

DON FAUSTINO.- ¡Para demolerla mañana!

CONDESA.- Eso mismo.

DON FAUSTINO.- Pero ¿está usted en su juicio? ¡Cinco mil duros por una casuca que apenas tendrá de terreno mil pies superficiales!

CONDESA.- No se canse usted: es cosa decidida.

DON FAUSTINO.- Pero, siquiera, véala usted primero. Yo también la administro...

CONDESA.- La veré, sólo por complacer a usted; pero es excusado... ¡Sobre que la he de echar abajo!

DON FAUSTINO.- Quizá no sea necesario; ¿y quién sabe si viéndola mudará usted de parecer?

CONDESA.- No lo creo.

DON FAUSTINO.- ¡Qué lástima de dineral tan mal empleado!

CONDESA.- ¡Oh! ¿Y lo estará mejor el que usted atesora y guarda con cien llaves?

DON FAUSTINO.- ¡Qué!, ¿serán reprobables a los ojos de usted la prudencia y la sobriedad?... ¿De cuando acá no ha sido la economía una virtud y el lujo una calamidad?

CONDESA.- ¿También usted es de los que declaman contra el lujo, y tiene por réprobos a todos los que gastan con garbo y esplendor lo que es suyo?

DON FAUSTINO.- ¿Y quién duda que el lujo estraga las costumbres...?

CONDESA.- ¡Cómo...!

DON FAUSTINO.- No se dé usted por aludida: todas las reglas tienen excepciones...

CONDESA.- ¡Qué vulgaridad! Por todos los caminos sabe el demonio salirnos al encuentro. Ni yo sostendré que el lujo sea una virtud; pero puede ser muy disculpable para con Dios, y muy meritorio para la humanidad. Con él se fomentan las artes, circula el numerario y se da de comer a muchas familias, que perecerían si todos los ricos diesen en ser tan cautos y tan económicos como quiere usted que lo sean.

DON FAUSTINO.- Todo extremo es vicioso, señora Condesa. No crea usted que yo lo guardo todo... Hago algunas limosnas...

CONDESA.- Yo también, y es cosa muy santa; pero en general las tengo por ineficaces..., y hasta nocivas más de una vez. Si cuantiosas, halagan la ociosidad; si mezquinas, a nadie remedian, y antes suele obtenerlas el vicioso importuno, que el verdadero necesitado.

DON FAUSTINO.- Pero basta la buena intención...

CONDESA.- Usted dirá lo que quiera, y si es menester traerá en apoyo de su opinión cien textos venerables, pero digo y sostengo que el lujo, como yo le entiendo, está muy lejos de ser una abominación, que es inevitable en la culta sociedad, y que después de la de Dios, es la providencia de los pobres.

DON FAUSTINO.- Por lo menos, es un caballero muy atildado, muy brillante, muy rumboso; y la avaricia de que usted me reprende, una dueña astrosa, huraña, insociable y puerca.

CONDESA.- ¡Oh!, yo no he dicho...

DON FAUSTINO.- Así nos la pintan, y así es por lo regular; pero la mía...

CONDESA.- Usted no necesita justificarse...

DON FAUSTINO.- ¿Y lo pretendo por ventura? Sí, señora, soy avaro: ¿por qué he de negarlo? Pero mi amor al dinero no es un vicio sórdido y despreciable, sino una pasión íntima, vehemente..., sublime. Yo no he acumulado mi oro con usuras, ni bajezas, ni delitos. Lo he adquirido con el sudor de mi frente, un duro tras de otro, y a expensas de mi regalo, de mi sueño y de mi salud. Como bien de tan subido precio -¿y para quién no lo tiene?- como ganado a tanta costa, le trato con religioso respeto, con pudoroso cariño; en fin, como el más pulcro y rendido galán a la más honesta dama.

CONDESA.- ¿Qué dice usted? ¡Cómo a una dama!...

DON FAUSTINO.- Sí, señora; ¿y hay objeto más digno de ser amado que ese precioso metal? ¿No es la metáfora más general y más apropiada de que nos servimos cuando queremos ponderar la bondad de una cosa o el mérito de una persona? ¿No oímos decir a cada momento: limpia como el oro, pura como el oro, eso es oro molido, vale más oro que pesa, no lo daría por todo el oro del mundo, oros son triunfos, domus aurea... Sí, sí; soy avaro, y con entusiasmo, con delirio. Pero tengo conciencia, y nunca me ha tentado esa vil y detestable codicia que a otros atosiga; por ejemplo, al dueño de la finca en cuestión. Si yo fuese tan ruin como él, hubiera admitido el diez por ciento que usted me ofreció por administrarle su patrimonio; y bien ve usted que me contento con el tres, porque las rentas son pingües, saneadas, y no vale más mi trabajo.

CONDESA.- ¿Se ha visto hombre más original?

DON FAUSTINO.- Más digo; de balde lo haría por lo buena y lo amable que es usted. ¡Así no fuera tan despilfarrada!

CONDESA.- Gracias, mi buen amigo.

DON FAUSTINO.- Pero mi oro de mi alma se me quejaría si le privase de un legítimo incremento, y a mí me gusta verle crecer, crecer... Porque sólo de una manera puede aumentarse la belleza del oro.

CONDESA.- ¿Cómo?

DON FAUSTINO.- Siendo mucho. Y sin embargo, y aunque le parezca a usted increíble, hay tal vez en mi corazón un fondo inagotable de ternura.

CONDESA.- ¿Será posible...?

DON FAUSTINO.- Pero a falta de una mujer que lo captive, o de un amigo digno de este nombre..., ¡algo he de amar!

CONDESA.- Pero ni parientes siquiera...

DON FAUSTINO.- Tengo pocos, y no los he tratado; y como he viajado tanto, no sé

dónde paran, ni me importa mucho; porque huérfano y desvalido desde mi adolescencia, a ninguno de ellos he tenido que agradecer una sed de agua. Sin embargo, cuando establecí casa de giro en Santander, acogí en ella a un sobrino, huérfano también; pero no quiso seguir como yo la carrera del comercio; se lo reprendí; se atufó; tomó el portante, y no he vuelto a saber de él desde entonces.

CONDESA.- Es extraño haber llegado usted a la edad madura sin que le haya agradado ninguna mujer.

DON FAUSTINO.- Sí tal; amores tuve en mi juventud, pero... ¡no fui dichoso en ellos!..., y por lo mismo... (Levantándose.) Diré pues al dueño de la casa...

CONDESA.- (Levantándose.) Que me quedo con ella.

DON FAUSTINO.- No por cierto: no nos precipitemos. Bastará decirle que no están ustedes muy distantes de entenderse; que espere un par de días la resolución de usted; que verá usted la finca y la reconocerá un arquitecto...

CONDESA.- Bien, como usted quiera.

DON FAUSTINO.- El caso es que aquel miserable vive lejos, y mi casa no está muy cerca. Si me permitiera usted escribirle aquí...

CONDESA.- ¿Por qué no? Ahí tiene usted lo necesario... Yo voy a mi tocador... Esta tarde iré a ver la casa.

DON FAUSTINO.- Muy bien: así lo prevendrá a los inquilinos. ¿A qué hora?

CONDESA.- A eso de las cinco.

DON FAUSTINO.- Yo haré por estar allí...

CONDESA.- Tanto mejor. Hasta luego. Ya ve usted que le trato con confianza.

(La CONDESA entra en la misma pieza de donde salió: DON FAUSTINO la saluda con una reverencia y se sienta a escribir.)

Escena X

DON FAUSTINO.

«Señor don Nicomedes Corpa. Muy señor mío». Capricho más extravagante! (Sigue escribiendo en silencio.) En vez de alquilar, como debía hacerlo, las cuatro quintas partes de este inmenso caserón... (Vuelve a escribir.) ¡Vanidad!, ¡locura!... (Escribiendo y hablando.) «Su seguro servidor que sus manos besa, Faustino Sanz». Cerremos la carta. (Lo hace.) Y el otro bribón, que se aprovecha... El sobre... (Lo escribe.)

Escena XI

DON FAUSTINO. GREGORIO.

GREGORIO.- Señor don Faustino...

DON FAUSTINO.- (Levantándose.) ¿Qué hay?

GREGORIO.- Su criado de usted trae esta carta... (Muestra una.)

DON FAUSTINO.- ¿Y había tanta prisa de...?

GREGORIO.- Como el sobre dice, urgente...

DON FAUSTINO.- (¡Urgente! ¿De quién será...?) Venga pues, y que lleve esta otra a

su destino. (Toma la carta que trae GREGORIO y le da la que acaba de escribir.)

Escena XII

DON FAUSTINO.

Veamos. (Abre la carta y lee.) «Señor don Faustino Sanz. Muy señor mío: Una persona que se interesa mucho por la honra y la tranquilidad de usted, aunque no tiene el gusto de tratarle...» ¿Qué es esto? «Viéndole al borde del abismo, ha resuelto por caridad arrancar de sus ojos la venda que le ciega. Si no quiere usted ser víctima de la intriga más execrable, renuncie a la mano de la Condesa...» -¿Cómo a su mano?- «Y guárdela Su Excelencia, si aun tiene un resto de pudor, para el galán con quien en dulce y secreta intimidad...» ¡Gran Dios! «Se burla de la credulidad de usted, y se prepara a derrochar alegremente en pocos meses lo que ha ahorrado usted en tantos años». -¿Será posible?... Nadie firma... ¡La Condesa amores ocultos!..., ¡la Condesa proyectos tan vergonzosos!... Por lo que hace a mí ha errado el golpe el piadoso anónimo. ¿Y no pudiera engañarse, o mentir lo mismo en lo demás? Sí, sí. ¡Calumnia!, ¡infamia!... Es preciso que ella lo sepa, y al momento, para que averigüe quién es el villano detractor y lleve su merecido. (A la puerta del tocador.) ¡Condesa! ¡Señora Condesa!

Escena XIII

DON FAUSTINO. La CONDESA.

CONDESA.- ¿Quién llama...? ¡Ah!, ¿qué ocurre...?

DON FAUSTINO.- Una iniquidad horrible. Vea usted lo que han tenido la avilantez de escribirme.

CONDESA.- Pero yo...

DON FAUSTINO.- ¡Lea usted, lea usted!

(Toma la carta la CONDESA y lee para sí.)

(¡Que ha de haber manos para eso, Dios mío!)

CONDESA.- ¡Cielos!...

DON FAUSTINO.- Excuso decir a usted que yo no creo tan negras imposturas.

CONDESA.- ¡Alma baja!, ¡índole perversa!, ¡ruin venganza!

DON FAUSTINO.- Es muy justa la indignación de usted...

CONDESA.- ¿Mi indignación? Honraría con ella a tan cobarde adversario. No; sólo me inspira desprecio y repugnancia.

DON FAUSTINO.- Con todo, examine usted la letra, y quizá descubra...

CONDESA.- Es inútil. El traidor se habrá valido de otra mano, o habrá disfrazado la escritura. Mejor es hacer pedazos este inmundo libelo. (Rompe la carta y tira los pedazos.)

DON FAUSTINO.- ¡Mal hecho! Yo conservaría el cuerpo del delito...

CONDESA.- ¿Para qué? Confío en que no quedará impune sin que yo persiga al reo, aunque sospecho quién puede ser. No se elude y escarnece la justicia de Dios como la de los hombres.

DON FAUSTINO.- En verdad es incomprendible un placer tan solitariamente necio como el de injuriar así al prójimo.

CONDESA.- Para darle tal vez un triunfo cuando se le quería dar una pesadumbre.

Dígalo yo, que veo con singular satisfacción el calor con que usted defiende mi reputación contra los tiros del resentimiento y la envidia.

DON FAUSTINO.- Hago lo que debo...

CONDESA.- Y sin embargo, ha de saber usted, amigo mío, que si el origen de la alevé carta ha sido algún chisme doméstico, fundamento ha habido para él.

DON FAUSTINO.- ¡Cómo!...

CONDESA.- Sí, señor, y a fe que me está bien empleado lo que me pasa por mi ligereza y mi irreflexión.

DON FAUSTINO.- ¡Señora...!

CONDESA.- Como usted lo oye. Yo recibo secretamente a un joven..., y por cierto de muy gentil presencia.

DON FAUSTINO.- ¡Oiga! ¿Conque...?

CONDESA.- Pero no es un amante.

DON FAUSTINO.- ¡Ah!, ya comprendo. Algún hermano...

CONDESA.- Tampoco.

DON FAUSTINO.- Algún proscrito...

CONDESA.- Nada de eso. Un pintor de mucho talento, a quien he mandado hacer mi retrato.

DON FAUSTINO.- ¡En sesión secreta!

CONDESA.- Pues; para regalárselo a mi mamá, sorprendiéndola con él pasado mañana, que son sus días.

DON FAUSTINO.- La causa de ese misterio es plausible; pero...

CONDESA.- En la última exposición vi un cuadro, a mi parecer de mucho mérito, y también a juicio de personas más inteligentes que yo, aunque colocado, como de artista sin nombre, en lugar subalterno y a mala luz. Un amigo me hizo conocer al autor, le compré el cuadro en lo que quiso pedirme por él...

DON FAUSTINO.- ¡Siempre manirrota!

CONDESA.- Como me propuse desde luego protegerle, le encargué, como he dicho, mi retrato, y lo hace reservadamente, no sólo porque mamá no sepa nada hasta que lo vea concluido, sino porque me prometo que todos mis amigos y relacionados han de admirar la obra, y atribuirle quizá a alguno de nuestros primeros pintores, contribuyendo así a la celebridad del verdadero artista.

DON FAUSTINO.- ¡Ah Condesa! Tiene usted un corazón... ¡de oro!

CONDESA.- Ahora confieso que he errado, aunque con la mejor intención, y quiero enmendarme. No más misterios. Tarde o temprano mi protegido se hará lugar, lo espero, entre los conocedores, sin darlo yo a que me desuellen viva los necios y los malvados.

DON FAUSTINO.- ¡Bien, señora! Apruebo...

CONDESA.- Va usted a conocer a mi ahijado. (Abriendo la puerta del tocador.) Venga usted...

Escena XIV

DON FAUSTINO. La CONDESA. GABRIEL.

GABRIEL.- Señora... ¿Qué veo?

DON FAUSTINO.- ¡Gabriel!

GABRIEL.- ¡Tío!

CONDESA.- ¡Cómo! ¿Es este...?

DON FAUSTINO.- Sí, el sobrino de que hablaba a usted hace poco.

CONDESA.- ¿Y no le recibe usted en sus brazos?

DON FAUSTINO.- Ya ve usted que él tampoco se da mucha prisa a abrirme los suyos.

CONDESA.- ¡Eh!, abrácese ustedes, y no más rencores.

GABRIEL.- Porque usted lo manda...

DON FAUSTINO.- Porque usted no diga...

(Se abrazan con tibieza.)

Si nos separamos, fue por culpa suya.

GABRIEL.- Así será, pero no tengo motivo para arrepentirme...

DON FAUSTINO.- Yo no le eché de mi casa.

GABRIEL.- Cierto, pero me fui, porque en ella hubiera muerto tísico.

DON FAUSTINO.- No quiso seguir la carrera del comercio...

GABRIEL.- ¡Sí, desde hortera, sujetándome a barrer la tienda y a otras mecánicas...!

DON FAUSTINO.- Así lo hice yo, y soy tan bueno como tú. ¡Oiga!...

GABRIEL.- No era esa mi vocación, sino la de artista. Mis pensamientos eran más elevados.

DON FAUSTINO.- ¡Pues ya!, y más románticos.

GABRIEL.- Para usted mismo, hombre acaudalado y sin hijos, era indecoroso el noviciado a que quiso sujetarme.

DON FAUSTINO.- ¡Oh!, sí; mejor hubiera hecho en mimarte y regalarte como al hijo de un personaje...

GABRIEL.- ¿Quién dice tal?

DON FAUSTINO.- Estos jóvenes del día quieren que todo se lo den cocido y amasado.

GABRIEL.- Yo no...

DON FAUSTINO.- Todo menos trabajar.

GABRIEL.- ¿Y de qué aspiro yo a vivir, sino de mi trabajo? ¿Le he pedido a usted nada en siete años de ausencia?

DON FAUSTINO.- En verdad que no, y te lo agradezco mucho.

CONDESA.- ¡Don Faustino!...

DON FAUSTINO.- Pero ¡ni una mala carta!

GABRIEL.- Ni creí que las echase de menos mi caro tío, ni me sobraba el dinero para franquearlas como hubiera sido forzoso para que usted las quisiese recibir.

CONDESA.- ¡Gabriel!... ¡Por Dios...! Nadie diría que son ustedes tío y sobrino.

DON FAUSTINO.- No congeniamos.

CONDESA.- Pero pongan ustedes término a las pullas y a las reconvenciones, siquiera porque yo se lo ruego.

GABRIEL.- ¡Ah! sí; perdone usted...

DON FAUSTINO.- ¿Y cómo te has gobernado para llegar a ser en tan pocos años un pintor sobresaliente, según me dice esta señora? Verdad es que ya eras buen dibujante...

GABRIEL.- ¿Cómo? Frecuentando, a costa de mil privaciones, las mejores escuelas de España y del extranjero; viajando a pie por montes y valles y arrostrando soles y nieves para estudiar la naturaleza; ganando a veces el pan como cavador o como peón de albañil, mientras no pude ganarlo con mis lápices y mis pinceles; dándome, en fin, aliento y perseverancia mi ardiente fe, mi inflexible voluntad, y mi confianza en la Providencia divina.

CONDESA.- (Dándole la mano.) ¡Bien, amigo, bien! Eso es ser hombre, eso es ser artista.

DON FAUSTINO.- (Apretando también la mano a GABRIEL.) ¡Bravo! Tienes un corazón entusiasta como el de tu tío; aunque habiendo seguido otro rumbo te luciría más

el pelo. Tanto mejor si ya puedes bandearte por ti sólo; pero, basta que esta señora te estime y proteja, para que yo, olvidando rencillas, te ayude con mucho gusto en lo que pueda. Cuenta desde hoy con la puchera y ropa limpia.

GABRIEL.- Gracias. Usted seguirá las horas canónicas del antiguo régimen, y los artistas aborrecemos todo lo que sea campana, sujeción, disciplina.

DON FAUSTINO.- Mi casa es reducida, un entresuelo...; lo que basta para mí; pero veré de acomodarte...

GABRIEL.- Lo estimo en el alma; pero es excusado que usted se moleste. Yo necesito luz, espacio, aire... ¡Un entresuelo! Eso es vivir entre renglones, en cuclillas... Prefiero mi sotabanco sobre ciento diez y siete escalones.

DON FAUSTINO.- ¡Pues ya!, la elevación de tus pensamientos... ¿Lo ve usted, Condesa? No se puede hacer bien; no se puede querer a nadie en este mundo. Pues, hijo mío, vive a tus anchas; o por mejor decir, a tus altas, y buen provecho. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Escena XV

La CONDESA. GABRIEL.

GABRIEL.- Le pido a usted mil perdones, señora Condesa, por la parte que me ha cabido en escena tan desagradable; pero ¿qué le hemos de hacer? Cuando nacemos no nos dan a elegir los padres, y por consiguiente, tampoco los tíos.

CONDESA.- Es único en su especie el bueno de don Faustino; pero a bien que no ha de llevarse a la tumba sus tesoros.

GABRIEL.- ¡Eh!, ¿qué me importa? El único tesoro a que yo aspiro...

CONDESA.- Es la niña del mostrador.

GABRIEL.- ¡Ah! Sí... Y hoy no la he visto todavía, y aun tengo que ir a asearme... Si usted me permitiera...

CONDESA.- (¡Oh!) Sí, ya es tarde, y yo también tengo que hacer. (Tira del cordón de la campanilla.)

GABRIEL.- Corta ha sido hoy nuestra sesión.

CONDESA.- Mañana desquitaremos el tiempo perdido.

Escena XVI

La CONDESA. GABRIEL. GREGORIO.

CONDESA.- El sombrero del señor.

GREGORIO.- (¡Ah!)

CONDESA.- En mi tocador.

Escena XVII

La CONDESA. GABRIEL.

GABRIEL.- Pues ¿cómo...?

CONDESA.- Se descubrió nuestro inocente secreto.

GABRIEL.- (Besando la mano a la CONDESA.) Adiós, mi bella madrina.

Escena XVIII

La CONDESA. GABRIEL. GREGORIO.

GREGORIO.- (Volviendo con el sombrero.) ¡Ah!

(GABRIEL toma el sombrero, saluda y se va por el foro.)

CONDESA.- (A GREGORIO.) Vete.

GREGORIO.- (Yéndose.) ¡Oh!...

Escena XIX

La CONDESA.

¡La niña del mostrador!... (Breve pausa.) ¿Y podrá ser feliz con ella?... ¡Una lágrima...! (Enjugándose los ojos.) ¡Oh Dios mío!... ¿Será de compasión..., o de despecho? No, no; yo deseo cordialmente su ventura. (Alzando los ojos.) Acordádsela, Señor, tan cumplida como merece; pero no a costa de la mía. Sacad triunfante mi razón de esta lucha. Apagad, que vos todo lo podéis, esta naciente llama, o templadla de suerte, que pueda yo querer a ese joven sin sonrojarme, y verle en brazos de otra sin aborrecerle. (Vuelve a su tocador.)

Acto II

El teatro representa un café. Puerta en el foro, que es la que da a la calle: otra a la izquierda, cerca de un mostrador donde habrá botellas, vajilla, etc.: en el mismo lado, cerca del foro, otra puerta, que guía a la cocina y a la repostería, y por donde entran y salen los mozos cuando tienen que servir bebidas heladas o calientes. En el mostrador se sirven los licores, bizcochos y azucarillos. A la derecha otra puerta, que conduce a la pieza de billar y otras. A la parte de adentro del mostrador, habrá un elegante sillón destinado a NARCISA, y cerca de él una modesta butaca, que DON PANCRACIO ocupará cuando no tenga que levantarse para cumplir algún pedido de los mozos.

Escena I

DON PANCRACIO. RUPERTO. LUCAS. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO.
Concurrentes.

Al levantarse el telón aparece DON PANCRACIO sentado en su butaca; RUPERTO, LUCAS e ISIDRO de pie, en el proscenio, con paños de lienzo al hombro: otro mozo está sirviendo helados a dos concurrentes, que también aparecen sentados a una mesa: en otra juegan, al dominó dos pacíficos y taciturnos ciudadanos: DON MARTÍN se entretiene más allá leyendo un periódico. Durante la primera escena entran algunos

concurrentes más, de los cuales, unos pasarán a las piezas de la derecha, y otros se situarán en la que figura el escenario. También se dejará ver y recorrerá las mesas un chicuelo vendiendo fósforos, jabones de olor y otras baratijas, desapareciendo luego por lo interior y volviendo a la escena ad libitum. Por último, otros personajes mudos entrarán y saldrán durante el acto, como lo disponga el director de escena.

LUCAS.- Pocos parroquianos tenemos hoy todavía.

ISIDRO.- Aún es temprano. Hasta cosa de las dos no empieza esto a animarse.

RUPERTO.- No hace muchos días que ni a esa hora ni a ninguna entraba aquí apenas alma viviente; como que yo sólo bastaba y sobraba para dar avío a todo; pero desde que tuvo don Pancraccio el feliz pensamiento de traer aquí a la bella Narcisa, para ponerla de prespetiva... y así, como si dijéramos de portagonista del mostrador, los cuatro mozos de aquí y los tres de adentro somos pocos aún para servir a tanta gente.

ISIDRO.- ¡Lo que vale un buen palmito!

RUPERTO.- A todos nos ha tenido cuenta. El amo, ¡mirad qué orondo está y qué satisfecho en su poltrona!, y nosotros vamos haciendo nuestro agostillo con las propinejas, amén de otras aldealas... Ayer domingo vendí yo solo dos cajones de cigarros.

LUCAS.- Sólo ella, la portagonista, como tú dices, parece que mira... así, con indiferencia, por no decir con repugnancia, su mucho mérito y su alta posición.

ISIDRO.- En efecto, me parece que no es para el paso. Muy bonita, eso sí; pero tan seria, tan parada... Cobra, baja los ojos, se pone hecha un ascua cuando le dicen algún requiebro...; y pare usted de contar. Así, bien podrá hacer la fortuna de don Pancraccio; pero la suya propia, ¡harto será!

LUCAS.- Es que la infeliz, se conoce que viene de muy mala gana.

RUPERTO.- ¿Qué sabes tú?

LUCAS.- A la legua se conoce que su padre la trajo aquí, quieras que no, por la chupamelona de los cincuenta reales diarios que se embolsa, el muy judío, sin contar los almuerzos de gratis, y café y sorbetes y ponche a discreción.

RUPERTO.- ¿Y qué mal hay en eso? Ella le gana sin trabajo ese dineral, y además se ve ausequiada y adorada por la nata y flor de los elegantes. Verás cómo el día menos pensado saca novio...

ISIDRO.- ¡Sí, novio!

LUCAS.- Pero ¿es posible que un padre especule así con su hija? Eso es cosa que estremece.

RUPERTO.- ¡Ca!

(Han entrado y sentándose otros varios sujetos, y uno de ellos da un golpe sobre la mesa.)

ISIDRO.- Allá voy.

(Escena mímica entre ISIDRO y el que ha llamado, figurando que éste pide algo. El mozo va en seguida al mostrador, tiene otra escena semejante con DON PANCRACCIO, le paga anticipadamente lo que recibe, y vuelve con ello a servir a dicho parroquiano. Juegos mudos por este estilo se ofrecerán de cuándo en cuándo hasta las últimas escenas del acto.)

LUCAS.- ¡Cómo! Pues...

RUPERTO.- Pasa por padre, pero no lo es de nativitate. Quiero decir...

LUCAS.- ¡Sí! Ya me figuraba yo... ¿Si la habrá alquilado el señor Bernardo para

luego subarrendarla al amo? No lo extrañaría, porque se ven tales industrias en Madrid...

RUPERTO.- Nada de eso. Él y su difunta mujer de él la recogieron y aprohijaron cuando estaba en mantillas.

LUCAS.- ¡Calla, hombre! ¿Conque...?

RUPERTO.- Es toda una historia. El mismo Bernardo me la contó un día...

LUCAS.- Dime, dime...

RUPERTO.- Entre dos luces...

LUCAS.- Al anocheecer, sí.

RUPERTO.- No; no era el día, sino Bernardo, el que estaba entre dos luces.

LUCAS.- Ya.

RUPERTO.- Pues me contó... Pero no lo digas a nadie.

LUCAS.- Pierde cuidado: no saldrá de este pecho.

RUPERTO.- Es el caso que él y su mujer, mercaderes ambulantes, viniendo a Madrid con sus lienzos, y atravesando al rayar el alba un pueblo de esta comarca, acertaron a ver en la puerta de la iglesia una criatura abandonada; o por mejor decir, la oyeron llorar, y acudieron, y les dio lástima, y la recogieron, y continuaron con ella su camino.

FOSFORERO.- Cerillas finas. Pastillas de olor.

LUCAS.- Bien hecho: aquello fue una obra de caridad, pero esto...

RUPERTO.- Es de advertir que la mujer había perdido el día antes su cría de ella, que fue buena casualidad...

LUCAS.- No; di que así lo dispuso la Providencia.

RUPERTO.- Pues, como iba diciendo, se la trajeron consigo a Madrid, y a causa de no haber vuelto a tener hijo ninguno aquella buena mujer, la tomó cariño; y como nadie hasta la presente les ha reclamado la niña, la criaron y adoptaron como hija; y por cierto que mientras vivió la honrada lencera se sacrificó y se desvivió por educarla como a una señorita; y con fruto, porque la chica ha sacado un talento...

LUCAS.- ¡Qué excelente mujer!

RUPERTO.- Pero Dios se la llevó, hará unos dos años, cuando la huérfana era ya mocita.

LUCAS.- Eso me aflige, como soy Lucas.

RUPERTO.- Bernardo, que la respetaba, porque era mujer de mucho gobierno y de más chirumen que él, tenía un poco a raya sus vicios mientras aquella vivió; pero después se dio a la holgazanería, al juego...; disipó en poco tiempo todo lo ahorrado; vendió hasta los muebles...

LUCAS.- Sí, ya sé que era un perdido.

RUPERTO.- Llegó pues al extremo de no tener absolutamente con que mantener a Narcisa; y a mí me costa el saberlo, porque en el billar de trueno donde serví antes de venir a este café, le vi perder el último ochavo. Ahora bien, ¿la había de plantar en la calle?

LUCAS.- ¡Eso no!

RUPERTO.- ¿La había de poner a servir?

LUCAS.- ¿Qué sé yo? Menos malo hubiera sido eso.

RUPERTO.- ¡Pues!, condenar a la escoba y al estropajo aquellas manos delicadas; servir la que puede ser señora; ganar un miserable salario, pudiendo nadar en oro si ella quisiera... ¡Quita allá! Tú no eres de este siglo.

LUCAS.- Sí soy; pero...

RUPERTO.- Y, vamos, ¿a ti qué te va ni te viene...? Tú no la has sacado de pila.

LUCAS.- Con todo...

RUPERTO.- Y en fin, cada uno hace de su capa un sayo; y para algo ha criado Dios

las muchachas bonitas; y cuando pasan rábanos...

DON MARTÍN.- ¡Mozo!

RUPERTO.- Allá voy.

(Golpean en otra mesa.)

LUCAS.- Voy al instante.

(Acuden RUPERTO y LUCAS adonde los llaman.)

DON MARTÍN.- Candela.

RUPERTO.- Bien está.

LUCAS.- Al momento. (Vuelve luego a servir cerveza y agua de limón en la mesa adonde ha acudido.)

Escena II

NARCISA. DON PANCRACIO. RUPERTO. LUCAS. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO. Concurrentes.

NARCISA llega por la puerta de la izquierda más próxima al proscenio, vestida con lujo extremado, de manga corta y flores en la cabeza. Todos los concurrentes, menos DON MARTÍN y los que juegan al dominó, fijan su atención en ella y cuchichean entre sí. DON PANCRACIO y NARCISA hablan, a media voz.

DON PANCRACIO.- ¡Hola! ¡Es usted, señorita!

NARCISA.- Buenos días.

DON PANCRACIO.- Tardes dirá usted.

NARCISA.- Bien; buenas tardes.

DON PANCRACIO.- Mucho nos escatima usted esa linda cara.

NARCISA.- No he podido venir antes.

DON PANCRACIO.- ¡Hum! Parece que la niña se nos va haciendo un poco remolona.

NARCISA.- (¡Dios mío!...) No ha sido voluntaria mi detención.

DON PANCRACIO.- Habrá sido quizá causa de ella el señor don Bernardo.

NARCISA.- No, señor.

DON PANCRACIO.- Pues a fe que bien listo anda para cobrar el cum quibus.

NARCISA.- ¡Don Pancraccio!...

DON PANCRACIO.- Ya le diré yo que eso no es lo tratado.

NARCISA.- (¡Oh rubor!) No hay que achacar ni a mí ni a él mi tardanza, sino a usted mismo.

DON PANCRACIO.- ¡Como!

NARCISA.- Ha querido usted que hoy estrenase otro vestido...

DON PANCRACIO.- ¡Ahí verá usted si soy espléndido y generoso!

NARCISA.- Y he estado esperando a la modista...

DON PANCRACIO.- También le diré yo a esa madama cuántas son cinco.

NARCISA.- ¡Ah!, si de mí dependiera, crea usted que no le haría yo esperar.

DON PANCRACIO.- Gracias, perla. Vas siendo amable... Así me gusta.

NARCISA.- ¡Me tutea el villano!

DON PANCRACIO.- ¿Conque si por ti fuera, no te esperaría?

NARCISA.- No; porque no vendría ni temprano ni tarde.

DON PANCRACIO.- ¡Oiga! ¿Esas tenemos? Apenas se da importancia el arrapiezo... Pues no hay que engreírse tanto; que si ella no está satisfecha, no ha de faltar quien la reemplace.

NARCISA.- ¡Oh!, si Dios oyera mis súplicas...

DON PANCRACIO.- Pero antes nos veríamos las caras su padre y yo.

NARCISA.- ¡Ay! no; por la Virgen santa...

DON PANCRACIO.- Y usted y él serían citados ante un juez.

NARCISA.- ¡Basta!...

DON PANCRACIO.- Y veríamos si se elude así como quiera un contrato formal.

NARCISA.- ¡No más, don Pancraccio! ¡Por Dios, no diga usted nada a mi padre! Se enfurecería contra mí, y tiemblo de imaginar... No; perdone usted si le he dicho algo que pueda ofenderle. Dígale usted que soy obediente y sumisa; mas séame permitido exigir de quien no es mi padre, que utilice en buen hora mi resignación; pero que no me humille; ¡que hartó humillada estoy ya!; que respete mi infortunio, ¡ay!, no merecido; que no lo haga mayor, en fin, arrastrándome a la desesperación.

DON PANCRACIO.- ¡Diablo, qué fervor y qué energía!) Bien, Narcisita, no hay que atufarse. ¡Y parecía una mosquita muerta!) En parte, tiene usted razón: yo no la he tenido para reprenderla... Vaya, ¿no ocupa usted su sillón?

NARCISA.- (Llorosa y después de un suspiro.) Sí.

DON PANCRACIO.- Pero esas lágrimas... Ea, ¡valor! ¿Qué van a decir las gentes...?

(NARCISA se sienta en el sillón, y poco después se encarga de la recaudación, quedando al cuidado de DON PANCRACIO el servicio mecánico. Entran DON POLICARPO y DON MARCIAL, y se sientan.)

Escena III

NARCISA. DON PANCRACIO. RUPERTO. LUCAS. DON POLICARPO. DON MARCIAL. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO. Concurrentes.

DON PANCRACIO.- (No conviene exasperarla, porque en un Madrid bien la podría suplir con otra tan bonita como ella; pero tan simpática, difícilmente.)

DON POLICARPO.- (Dando un golpe en la mesa.) ¡Muchacho! (A DON MARCIAL.) Elegantísima está hoy la niña del mostrador.

ISIDRO.- (Acercándose.) Presente.

DON MARCIAL.- Pero triste, como de costumbre, ojerosa...

DON POLICARPO.- Un ponche a la romana. ¿Tú?

DON MARCIAL.- Yo, una copa de ron.

NARCISA.- ¡No ha venido todavía! ¿Qué le habrá ocurrido?)

FOSFORERO.- Fósforos finos.

DON MARCIAL.- Lo de triste es en ella condicional. Que venga el pintorcillo, y verás cómo se animan aquellos ojos modestamente velados por sus largas y negras pestañas; verás cómo sus labios, grave y pudorosamente fruncidos, abren paso a alguna blanda sonrisa, y tal vez a alguna seña furtiva. Ella afecta esa compostura inverosímil, deplacée; pero me atengo al refrán: ¡no es oro todo lo que reluce!

DON POLICARPO.- Sin embargo, su mal disimulada predilección por el oscuro artista, prueba a lo menos que es desinteresada.

DON MARCIAL.- Podrá serlo para con él; pero eso no obsta...

DON POLICARPO.- También nuestro amigo Joaquín ha dado en hacer cocos a la niña.

DON MARCIAL.- Pero me parece que gasta la pólvora en salvas.

DON POLICARPO.- Lo malo es no tener otra cosa que gastar.

DON MARCIAL.- Ya tarda.

DON POLICARPO.- Estará galanteando a la Condesa cuya mano solicita.

DON MARCIAL.- ¡Oh!, él no pierde ripio...

DON POLICARPO.- Chit... Ya le tenemos en campaña.

(Entra DON JOAQUÍN y en seguida algunos otros concurrentes.)

Escena IV

NARCISA. DON JOAQUÍN. DON PANCRACIO. RUPERTO. LUCAS. DON POLICARPO. DON MARCIAL. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO. Concurrentes.

DON JOAQUÍN.- (Encaminándose directamente al mostrador.) (Hoy o nunca.)

DON MARCIAL.- (Levantándose y saltándole al encuentro.) ¡Eh!... Aquí estamos. ¿Cómo es que te pasas de largo?

DON JOAQUÍN.- (Bajando la voz.) Déjame. Estoy en vena y voy flechado a acabar de flechar a esa pobrecilla.

(DON MARCIAL vuelve a sentarse.)

(¡Condesa inicua! El anónimo hará su efecto; pero eso no basta a mi venganza: es preciso ajar su amor propio con mi nueva conquista... Manos a la obra.) (Se acerca al mostrador.) ¡Bella Narcisa!

NARCISA.- ¿Quiere usted que le sirvan algo, caballero?

DON JOAQUÍN.- Yo soy quien se honraría mucho siendo rendido siervo de tan perfecta hermosura.

NARCISA.- Mil gracias por la lisonja.

DON JOAQUÍN.- No, alma mía, no es lisonja. Es usted el numen de este templo; todos la admiran; y yo, más sensible que todos...

NARCISA.- Caballero... (¡Que sufra yo esto, buen Dios!)

DON JOAQUÍN.- Desde el día en que usted se apareció como astro luminoso, mi corazón enamorado...

NARCISA.- Dispense usted que le interrumpa. Yo no le he dado ocasión ni pretexto para producirse conmigo en esos términos; ni un mostrador es un templo; ni una cobradora asalariada puede ser un numen; ni por oír esas adulaciones dejaré yo de ser tan humilde como soy, y tan honrada como debo.

DON JOAQUÍN.- (¡Miren cómo se sacude!, ¡y con cierta elegancia que me sorprende!) Usted no se hace justicia, prenda adorada...

NARCISA.- (Dando a uno de los mozos la vuelta de una moneda.) Sobran diez cuartos: tome usted.

DON JOAQUÍN.- ¿Por qué no han de inspirar esos divinos ojos una pasión sincera y vehemente?

NARCISA.- Perdone usted: los mozos me esperan, y si usted me distrae, faltaré a mi

obligación. (Despacha a otro mozo.)

DON JOAQUÍN.- ¡Ah! (Entiendo.) (Bajando la voz.) Ya veo que ciertas cosas no son para tratadas ante testigos...

NARCISA.- ¡Cómo!

DON JOAQUÍN.- Pero es usted demasiado amable para negarme una cita...

NARCISA.- (Con una mirada de indignación.) ¡Cita...! (¡Insolente!) ¡Don Pancracio!

DON PANCRACIO.- ¿Qué hay?

DON JOAQUÍN.- (Ahora me acusa y alborota el cotarro.)

NARCISA.- Este caballero es tan bondadoso, que pudiendo mandarnos desde una mesa, viene al mostrador a honrarnos con sus órdenes; pero yo no puedo servirle, porque tengo que atender a los mozos...

DON PANCRACIO.- Dice bien: lo primero es la cuenta y razón.

NARCISA.- Y porque... me habla en un lenguaje, que no sé si es griego o alemán: ello es que yo no lo puedo comprender.

DON PANCRACIO.- ¿En alemán, señor don Joaquín? Pues ¿no es usted de Carmona?

DON JOAQUÍN.- Yo le diré a usted... (Disimula: no pierdo la esperanza.) (Pasa a colocarse enfrente de DON PANCRACIO.)

DON PANCRACIO.- (Algún chicoleo...) A ver qué cosa...

DON JOAQUÍN.- Como ella, por lo visto, no ha oído nunca decir kirchwasser... La he pedido una copa de kirchwasser.

DON PANCRACIO.- Si no es más que eso, al momento va usted a ser servido.

(Toma una botella, la destapa y de su contenido llena una copa, que ISIDRO sirve después a DON JOAQUÍN.)

DON JOAQUÍN.- (Sólo falta que me desahucie también esa desventurada.) (Va a sentarse con sus amigos.)

Escena V

NARCISA. DON JOAQUÍN. DON PANCRACIO. RUPERTO. LUCAS. DON BENIGNO. DON ALBERTO. DON REMIGIO. DON POLICARPO. DON MARCIAL. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO. Concurrentes.

DON BENIGNO.-

(Deteniéndose un poco para contemplar a NARCISA, y lo mismo harán DON ALBERTO y DON REMIGIO.)

(¡Deliciosa!, ¡fresca!, ¡naïve!... Es un idilio.)

DON REMIGIO.- (¡Qué prima dona si cantara!)

DON ALBERTO.- (¡Qué tipo para un drama!)

(Se sientan juntos.)

ISIDRO.- (Acercándose.) ¿Se ofrece algo, caballeros?

DON ALBERTO.- Café con leche y tostadas de manteca.

DON REMIGIO.- Yo, lo mismo.

DON BENIGNO.- Yo, chocolate con ídem.

ISIDRO.- Tardecito almorzamos hoy. (Ya se ve, poetas y músicos...)

DON ALBERTO.- ¿Qué quieres decir con eso, gandul?

ISIDRO.- Yo, nada... Una observación...

DON ALBERTO.- Necia.

DON REMIGIO.- Disonante.

DON BENIGNO.- Absurda.

DON ALBERTO.- Cada uno almuerza cuando tiene gana.

ISIDRO.- (O cuando tiene qué.) Yo no lo decía con malicia, sino que... como no es la regla...

DON ALBERTO.- Los genios estamos reñidos con todas las reglas, principiando por las de Horacio y acabando por las de la higiene.

(Vase ISIDRO y volverá luego a servir lo que le han pedido.)

DON MARTÍN.- (¡Bravo! Omer-bajá es todo un hombre; y si Schamil derrota, como suele, a los moscovitas entre los riscos y las breñas del Cáucaso...)

FOSFORERO.- (A DON MARTÍN.) Jabón fino. Petacas de piel de Rusia.

DON MARTÍN.- Aparta, blasfemo, o te denuncio por traficante de géneros ilícitos y contumaces. ¡Si fueran de piel de ruso...!

Escena VI

NARCISA. DON FAUSTINO. DON JOAQUÍN. DON PANCRACIO. RUPERTO.
LUCAS. DON BENIGNO. DON ALBERTO. DON REMIGIO. DON POLICARPO.
DON MARCIAL. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO. Concurrentes.

DON FAUSTINO.- (Detesto los cafés porque en ellos no se hace más que perder lastimosamente el tiempo y gastar el dinero en pócimas abominables; pero la sed me abrasa... ¡Cuánto ocioso!... ¿Qué va a que no encuentro donde sentarme? Allí veo una mesa... No calentaré mucho el puesto.)

(Se sienta frente al mostrador, cerca de él, y acude al instante RUPERTO.)

¿Qué hay?

RUPERTO.- Fiambres, licores, vinos generosos, quesitos, sorbetes, salchichón...

DON FAUSTINO.- ¡Hum! ¡Basta! ¡Qué cháchara infernal!

RUPERTO.- Como pregunta usted qué hay...

DON FAUSTINO.- Como se me planta usted delante, sin haberle llamado, le he dicho: ¿qué hay? Esto es, no ¿qué hay en el café?, sino ¿qué hay de común entre usted y yo?, ¿qué se le ofrece a usted?

RUPERTO.- A mí nada.

DON FAUSTINO.- Pues a mí sí. Tráigame usted... Pero ¡calle!, yo conozco a este zanguango.

RUPERTO.- ¿Qué veo? Mi amo de marras... (Sí, el tacaño de don Faustino.)

DON FAUSTINO.- Tú eres...; sí, tú eres aquel criado que despedí por sisón...

RUPERTO.- Calumnias...

DON FAUSTINO.- Romualdo... Ro... Ruperto.

RUPERTO.- Servidor. (¡Sisón! Ya hemos convenido en que sisar no es pecado; peor es ser tan cicatero como él, teniendo más oro que hay en las Californias.)

DON FAUSTINO.- ¿Qué haces ahí hecho un pasmarote? Trae lo que te he dicho.

RUPERTO.- ¡Si no me ha dicho usted nada!

DON FAUSTINO.- Un vaso de agua.

RUPERTO.- ¿Con azucarillos?

DON FAUSTINO.- No es menester... (Pero puede que el agua sea de pozo, y bueno será...) Sí; trae un azucarillo.

RUPERTO.- (¿No digo? ¡Miren si se despilfarra!) (Va al mostrador, toma el agua y azucarillo y sirve a DON FAUSTINO.)

DON JOAQUÍN.- (A sus amigos.) Cierto, no eran de esperar en ella tantos melindres, y sin temeridad podemos suponer que son calculados; pero así me gustan a mí las bellezas; un tanto esquivas y recalcitrantes. Donde no hay lucha, no hay triunfo verdadero.

DON FAUSTINO.- Cobra. (Da una peseta a RUPERTO, y éste pone sobre la mesa la vuelta y se retira.) (¡Ocho cuartos por un azucarillo! ¿Hay conciencia para esto?).

DON REMIGIO.- Vamos, es preciso que uno de los dos me escriba una ópera para ponerla en música.

DON BENIGNO.- Mi musa no pica tan alto: otros retocen con la máscara de Talía, o vibren el puñal de Melpómene; bastan a mis sencillas y campestres inspiraciones el crótalo de Terpsícore o el caramillo de Erato.

DON ALBERTO.- La independencia de mi estro no puede someterse a la tiranía del pentagrama y al despotismo de la batuta.

DON REMIGIO.- Yo no exijo...

DON ALBERTO.- Y es difícil armonizar el enredo con el contrapunto, la rima con la fuga, la sinalefa con el calderón, y en una palabra, el músico con el poeta.

(Siguen hablando en voz baja.)

DON FAUSTINO.- (¡Qué hermosa criatura! No había reparado hasta ahora... ¡Qué ojos!, ¡qué boca!, ¡qué talle!... ¡Hermosa es de veras!) (Se queda como embelesado mirando fijamente a NARCISA.)

DON REMIGIO.- ¿Argumento? Yo os propondré uno y de mucha novedad; fresquito, flamante.

DON BENIGNO.- ¿Cuál?

DON REMIGIO.- La niña del mostrador.

DON JOAQUÍN.- (¡Diablo de Kirchwasser, cuando está uno abrasado... Yo hubiera preferido un sorbete; pero por no desmentir a Narcisa...)

NARCISA.- (Me inquieta ya su tardanza.)

DON FAUSTINO.- (No acierto a separar mis ojos de aquel agraciado rostro. ¿Qué sensación desconocida cautiva mi alma y embarga mis sentidos?... El amor acaso... ¡Qué digo, insensato! ¡Enamorarme yo, a mis años, y de una mujer que no he tratado!.. No; debe de ser lo que siento una fascinación pasajera, un vértigo producido por la densa atmósfera que me rodea y a que no estoy acostumbrado. ¿Ni qué caso haría de mí tan rara beldad, en la primavera de su vida...? Será casada; o por lo menos, reinará ya en su corazón otro amante... ¡Otro amante! ¿Luego confieso que yo también...? ¡Locura!, ¡necedad! Huiré de ti, sirena encantadora, antes que esa bulliciosa juventud me observe y se ría de mi flaqueza. (Se levanta.) Al aire libre recobraré la calma, la serenidad... ¡Oh!, no puedo..., no puedo... (Se vuelve a sentar.) No hay valor, no hay virtud capaz de resistir a tan poderoso hechizo.

Escena VII

NARCISA. BASILIO. JENARO. DON FAUSTINO. DON JOAQUÍN. DON

PANCRACIO. RUPERTO. LUCAS. DON BENIGNO. DON ALBERTO. DON REMIGIO. DON POLICARPO. DON MARCIAL. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO. Concurrentes.

Los mancebos extranjeros BASILIO y JENARO llegan, el primero con un violín y el segundo con una arpa; se sitúan en el foro y tocan, piano, alguna pieza de música italiana de las más conocidas y populares. Entre tanto, siguen en voz baja las conversaciones particulares y el movimiento anterior de entradas y salidas etc., siendo muy contados los concurrentes que prestan alguna atención a la sonata.

DON JOAQUÍN.- ¡Eh!, ya nos favorecen esos menguados con su cotidiano cencerreo de arpa y violín.

DON MARCIAL.- No haría mal don Pancracio en excusar ese martirio a nuestras orejas...

DON FAUSTINO.- (Pero joven de tal mérito no parece nacida para ese vulgar ministerio, ni la pública exhibición de tantos atractivos prueba mucha cordura de parte del padre o del marido... Yo he de averiguar...)

(RUPERTO pasa por cerca de la mesa que ocupa DON FAUSTINO.)

(¡Ah!, preguntaré a Ruperto...) ¡Muchacho!

RUPERTO.- ¿Quién llama?

DON FAUSTINO.- Ven acá. ¿Quién es aquella señorita?, ¿cómo se llama?, ¿qué procedencia...?

RUPERTO.- ¡Vaya una pesquisa...! ¿Por qué no me pregunta usted también cuántos años tiene?

DON FAUSTINO.- Ya anuncia su cara que no llegan a veinte. Dime...

RUPERTO.- (¡Roñoso y preguntón! Pues se ha de quedar con la curiosidad.) (Yéndose.) No sé... No tengo tiempo...

DON FAUSTINO.- ¡Oye, hombre! No seas cerril. Te llamaba también para darte la propina.

RUPERTO.- (Volviendo.) ¡Ah! Eso es diferente.

DON FAUSTINO.- Guárdate esa morralla. (La vuelta que antes le dio RUPERTO.)

RUPERTO.- (Tomando las monedas.) Gracias.

DON FAUSTINO.- Y si eres más complaciente, yo te lo sabré agradecer.

RUPERTO.- Estimando. Pues, señor, la chica... (¿De cuándo acá tan rumboso? ¿Le habrá entrado Narcisa por el ojo derecho?... Sí, eso es; el amor ha hecho ese prodigio.)

DON FAUSTINO.- Vamos, habla, hombre; acaba.

RUPERTO.- La chica es guapa, ¿verdad?

DON FAUSTINO.- ¡Oh!, sí; pero...

RUPERTO.- De rechupete; pero ahí donde usted la ve, no es nuestra.

DON FAUSTINO.- ¡Cómo!

RUPERTO.- Quiero decir que es arquilada...

DON FAUSTINO.- ¿Arquilada? ¡Horror! ¿Cómo?, ¿para qué?

RUPERTO.- ¡Toma! Para nada que peque contra el catálogo: para que dé tono y fama al establecimiento, y nos traiga parroquianos.

DON FAUSTINO.- (¡Adiós mis doradas ilusiones! Será alguna pérdida...)

RUPERTO.- (Es millonario, y si picase en el anzuelo, Bernardo se armaría...)

DON FAUSTINO.- (¡Tan bella, Dios mío, tan niña, y ya sumida en el oprobio!...)

RUPERTO.- (Mediando yo en el asunto, comería a dos carrillos...) La pobrecita...

DON FAUSTINO.- (¿Quién no diría al mirarla que es un dechado de pureza y

candor? ¡Si parece increíble!...) ¿Qué decías?

RUPERTO.- Le diré a usted sotto voce... Pero no mire usted tanto al mostrador; que si lo observa, sospechará...

DON FAUSTINO.- Bien... (¡Qué angustia!) Dímelo todo.

(Sigue hablando aparte. Los dos jóvenes extranjeros han concluido su dúo; el del arpa toca solo otra pieza, mientras el del violín, presentando una caja de hoja de lata, recorre las mesas pidiendo limosna; pero sólo tres o cuatro personas, incluso DON REMIGIO, le dan algunas monedas de cobre.)

DON ALBERTO.- No es hasta ahora la presunta heroína personaje bastante dramático; pero es de esperar que algún lance imprevisto, estrepitoso dé relieve a su figura. Entonces...

DON BENIGNO.- (A BASILIO que se acerca.) A ese, que es músico.

DON REMIGIO.- ¡Ah!, sí; toma para resina, camaradita. (Le echa unos cuartos en la caja.)

DON FAUSTINO.- ¡Basta! No quiero saber más. ¡Infamia!, ¡depravación!..., ¡infeliz criatura!

RUPERTO.- Sí, es un dolor... Pero, ya se ve... El desamparo..., la miseria... Si ella tuviese un...

DON FAUSTINO.- (¿Por qué habré yo venido aquí?)

RUPERTO.- Un amigo generoso... Vamos al decir...

DON FAUSTINO.- ¡Calla, demonio tentador!

RUPERTO.- Yo trato a su padre... ¡Bello sujeto!... Si quiere usted que le presente...

DON FAUSTINO.- ¡No! No quiero conocer a semejante pícaro.

RUPERTO.- Corriente. Yo... Como le veo a usted tan apasionado...

DON FAUSTINO.- ¡Mientes! Curiosidad, nada más...

RUPERTO.- Y por hacer una buena obra...

DON FAUSTINO.- ¡Vete de aquí, vete, y no te vuelva yo a ver! (Queda sumido en profunda meditación.)

RUPERTO.- (Separándose.) (Aún se hace de pencas, quizá por avaricia; pero hartos será que él no caiga en la red.)

(A BASILIO, que llega a su mesa.)

DON JOAQUÍN.- ¡Eh!, quítese de delante. No gusto de música ratonera.

DON FAUSTINO.- (¡Y aún me estoy clavado aquí! ¡Mala vergüenza!... ¿Por qué no me alejo de ella, miserable!... ¡Haber mirado con indiferencia a tantas mujeres honradas, y cegarme así una muchachuela venal...! ¿Venal? ¿Y es culpa mía que lo sea?... ¿Tan galán soy yo que pueda aspirar a otras conquistas...? Venal... Tanto mejor: la compraré.) (En este momento, BASILIO, concluyendo su estéril colecta, presenta la caja a DON FAUSTINO.)

¡Aparta! Yo no socorro a holgazanes, vagamundos... ¡A trabajar, o al hospicio!

(Vuelve a sus contemplaciones. BASILIO, enjugándose una lágrima, se dirige al mostrador y presenta la caja a NARCISA.)

NARCISA.- Perdona, hijo mío. ¡Yo nada puedo darte!

BASILIO.- ¡Oh signorina! ¡Pietà di noi, poveri orfanelli!... (Mostrando lo que tiene en la caja.) ¡Vedete!... ¡Ah! E la madre ammalata... ¿Che far da si piccola raccolta?

NARCISA.- (Llorando.) (¡Me parte el corazón!) ¡Don Pancracio!...

DON PANCRACIO.- ¿Qué hay?

NARCISA.- Socorra usted a esos infelices. Apenas han recogido para un pan.
(Abriendo el cajón.) ¿Les doy...?

DON PANCRACIO.- No. Madrid es grande, y si en cada café sacan otro tanto...

NARCISA.- ¡Hágalo usted por mí!

DON PANCRACIO.- No puede ser. Harto hago en permitir que importunen a mis parroquianos.

NARCISA.- Pues bien... (¡Oh Virgen pura, oh madre de los desamparados, tú me inspiras!) Yo voy a hacer una colecta para ellos.

DON PANCRACIO.- ¡Muchacha!...

NARCISA.- No me detenga usted, o diré que es un caribe. (Sale al escenario.) Dame esa caja.

(La toma de manos de BASILIO, y se coloca en medio del tablado. Este movimiento produce otro casi general de curiosidad en los concurrentes.)

¡Señores!

(Entre el murmullo general se dejan oír las frases siguientes.)

DON JOAQUÍN.- ¡Narcisa!

DON FAUSTINO.- ¿Qué veo?

DON ALBERTO.- ¡La niña del mostrador!

DON POLICARPO.- ¡Silencio!

NARCISA.- Prestadme un momento de atención!

VOCES.- ¡Silencio!

(El tañido del arpa ha cesado, y los dos jóvenes italianos, llamados por señas de NARCISA, se juntan a ella.)

NARCISA.- Perdonad, señores, que me atreva a dirigiros la palabra, deponiendo la timidez propia de mi sexo. Si tanta resolución os sorprende, considerad que yo misma obedezco a un impulso irresistible; al que más imperio ejerce sobre almas cristianas: ¡la caridad! Dios me la infunde en favor de estos desgraciados; y si huérfana yo también, como ellos, y oscura, y desvalida, falta elocuencia a mi voz y autoridad a mi persona para ser su intercesora, me anima la seguridad de que no en vano imploro indulgencia para mí a vuestra galantería; misericordia para ellos a vuestra generosidad.

(Muestras de general aprobación y viva simpatía que irán en aumento durante el discurso de NARCISA.)

Distraídos, o preocupados con otras ideas, no habéis fijado en ellos vuestros ojos... quizá porque no han acertado a lisonjear vuestros oídos. Si las cuerdas de esos instrumentos han hecho vibrar las de mi corazón, no es ciertamente por la magia de sus acentos. ¿Qué importa? Siempre es meritorio el ejercer mal o bien un arte tan noble como halagüeña; siempre es de apreciar que no sigan el ejemplo de tanto haragán mendigo, y que remuneren del único modo que pueden la limosna que les dan. ¡Oh! ¿Y sabéis quiénes son estas interesantes criaturas? No los han traído, no, a tan lastimoso estado la desaplicación, la vagancia, el vicio. Son honrados; yo lo sé; son bien nacidos; son víctimas inocentes de trastornos y revoluciones en que no han tomado parte. Mártir de sus creencias políticas, han visto morir a su padre en tierra extranjera; su madre yace enferma sobre inmundada paja en desabrigado y oscuro desván, y su hermano mayor murió peleando como bueno por la independencia de su patria.

(Murmullo de aprobación más pronunciado que el primero. Parte de los concurrentes se

habían ido levantando de sus asientos para ver mejor a NARCISA, o en señal de adhesión. Ahora se levantan los demás, incluso DON MARTÍN y los del dominó, que embebidos en el juego y la lectura, se habían mostrado impasibles, y en todos los semblantes se lee ya el triunfo de la heroína. Al mismo tiempo se dejan percibir, casi simultáneamente, las exclamaciones que siguen.)

DON FAUSTINO.- ¡Qué mujer!

DON POLICARPO.- ¡Divina!

DON FAUSTINO.- ¡Me arrebató!

DON BENIGNO.- ¿A quién no conmueve?

DON JOAQUÍN.- ¡Qué hermosa está!

DON ALBERTO.- ¿A quién no persuade?

DON MARCIAL.- ¡Peregrina!

DON MARTÍN.- ¡Heroica!

DON REMIGIO.- ¡Brava!

DON FAUSTINO.- ¡Yo estoy fuera de mí!

NARCISA.- ¿Os conmueven mis clamores? No me admiro. Me los arranca el infortunio ajeno; ¡a mí, que sólo a Dios pido consuelo en el mío! ¿Os enternecen mis lágrimas? ¿Qué mucho? Sois caballeros, sois españoles. ¿Y quién de vosotros, en este siglo de revueltas y guerras y calamidades, no se ha visto alguna vez encarcelado, proscrito...? ¿A quién, al menos, no habrán arrebatado de los brazos el padre, el hermano, el camarada o el amigo, condenados a larga y dolorosa emigración? ¿Quién sabe si alguno de los que me oyen se verá también mañana, como mis pobres pupilos, (Cogiéndolos de las manos, y ellos besan las de NARCISA.) como mis queridos hermanos, sin padre, sin pan, sin hogar, sin patria?

(Nuevo y más fuerte murmullo de asentimiento.)

VOCES.- ¡No más!

OTRAS.- ¡Ven!

OTRAS.- ¡Basta!

OTRAS.- ¡Toma!

NARCISA.- (Anegada en lágrimas y presentando a BASILIO la caja petitoria.)
Tomad, pobres niños. Ya no necesitáis que yo os haga la colecta...

GRITO GENERAL.- ¡Sí!, ¡sí!

NARCISA.- Estoy tan conmovida... Vosotros mismos...

VOCES.- ¡No!, ¡no!

OTRAS.- ¡Ella!, ¡ella!

OTRAS.- ¡La niña del mostrador!

TODOS.- ¡Viva la niña del mostrador!

NARCISA.- (Enjugándose las lágrimas.) En buen hora, señores. Es lo menos que yo puedo hacer en muestra de agradecimiento a tantas bondades. (Va recorriendo las mesas con la caja, y todos echan en ella monedas de plata. Los mancebos ejecutan una pieza patética.) Gracias. Dios se lo premie a ustedes. Gracias. Gracias. (Viendo a DON JOAQUÍN con sus amigos, esquiva su encuentro, y pasa a otra mesa.)

DON JOAQUÍN.- (A DON POLICARPO.) Nada nos pide a nosotros. ¿Es distracción..., o desaire?

DON ALBERTO.- Dios te dé tanta dicha como mereces, limosnera del cielo.

NARCISA.- Estimo...

DON BENIGNO.- Para tus clientes, este medio duro; ¡no tengo más!; para ti, un

poema.

NARCISA.- Tantas gracias...

DON REMIGIO.- Toma, hechicera. Jamás haré yo un acorde tan perfecto como el de tu lindo rostro con tu alma angelical.

NARCISA.- ¡Por Dios, señores...! Me confunden ustedes...

(Sigue cuestando por otras mesas: algunos individuos, sin esperarla en las suyas, acuden a depositar en la caja su ofrenda.)

DON FAUSTINO.- (No podré contener mi agitación cuando llegue a mí.)

DON MARTÍN.- ¡Bendita...! Dios te libre de cosacos.

DON FAUSTINO.- (Haciendo su donativo.) Toma. (A media voz.) ¡Me has hecho verter lágrimas de fuego!

NARCISA.- ¡Señor...!

DON FAUSTINO.- Pero ¿cómo oírte con ojos enjutos? ¿Qué bolsa -¡ni aun la mía!- se cierra a tus ruegos?

NARCISA.- Usted me lisonjea más de lo que yo... Pero ¡es oro lo que usted ha echado! ¡Tres onzas!... Sin duda ha sido equivocación...

DON FAUSTINO.- No; a sabiendas las he dado, y si supieras... (Ayer me hubieran arrancado primero una ala del corazón, y hoy... ¡Oh miserable humanidad!)

NARCISA.- Quedo muy reconocida...

DON FAUSTINO.- ¡Espera! No es mi dádiva tan desinteresada como presumes. Merezca yo besar en recompensa esa mano di..., esa mano caritativa.

NARCISA.- (¡Qué conmovido está! Y hay en su frente un no sé qué... que inspira veneración.) (Volviéndose a los circunstantes.) Señores, este buen caballero acaba de hacerme para mis protegidos un donativo considerable.

(Breve rumor de sorpresa.)

DON JOAQUÍN.- (Acercándose.) ¡Oiga!... (¡Cielos! Es don Faustino, mi acaudalado rival... Pues ¿cómo...? No comprendo...)

NARCISA.- Me suplica que en galardón le dé la mano a besar... Es un anciano respetable, y mi condescendencia no se calificaría de liviandad; mas podría parecer inspirada por el orgullo... Yo besaré la suya en muestra de gratitud a su beneficio y de respeto a sus canas. (Lo hace.)

DON FAUSTINO.- ¡Ah! ¡Narcisa!... (¡Yo voy a volverme loco!)

(Breves murmullos en diferente tono, dando unos a entender que se mofan del viejo, y otros que admiran el talento y la gracia de NARCISA.)

DON JOAQUÍN.- (¡Miren el carcamal!...)

DON FAUSTINO.- (¡No puedo más!...) ¡Adiós! (Da algunos pasos para retirarse y encontrándose cara a cara con RUPERTO, exclama.) ¡Ah! (A RUPERTO aparte, sin detenerse.) Sal detrás de mí.

(Sigue RUPERTO a DON FAUSTINO. Cesa la música.)

Escena VIII

NARCISA. BASILIO. JENARO. DON JOAQUÍN. DON PANCRACIO. LUCAS.

DON BENIGNO. DON ALBERTO. DON REMIGIO. DON POLICARPO. DON MARCIAL. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO. Concurrentes.

NARCISA.- Permitidme ahora, señores, que en nombre de mis protegidos, os dé a todos las más expresivas gracias por vuestro desprendimiento; y si mi intercesión ha podido serles de alguna utilidad, yo también por mi parte os agradezco muy de veras que hayáis tan noblemente cumplido, y aun superado mis esperanzas.

VOCES.- ¡Bien!

(Llega GABRIEL, y a pocos pasos se detiene sorprendido al ver a NARCISA en medio del tablado y al oír las aclamaciones de que es objeto.)

Escena IX

NARCISA. BASILIO. JENARO. GABRIEL. DON JOAQUÍN. DON PANCRACIO. LUCAS. DON BENIGNO. DON ALBERTO. DON REMIGIO. DON POLICARPO. DON MARCIAL. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO. Concurrentes.

VOCES.- ¡Viva!

GABRIEL.- (¿Qué es esto?)

VOCES.- ¡Viva la niña del mostrador!

NARCISA.- (Dando la caja a BASILIO.) Tomad, queridos. La suma con que, por mi mano venturosa y vencida de mis humildes ruegos, ha contribuido esta reunión a vuestro socorro, no os dará todo el bienestar que yo os deseo; pero os arrancará por de pronto a las garras de la miseria. Corred a llevar ese consuelo a vuestra madre, y bendecid a vuestros bienhechores.

BASILIO.- ¡Oh!, si; a tutti, a tutti...

(BASILIO y JENARO saludan a la reunión con las gorras en la mano.)

... Ma prima a te, bel angelo

NARCISA.- ¡Basta! Idos...

(Los va llevando hacia la puerta del foro: ellos no aciertan a soltar las manos de NARCISA, que cubren de besos y lágrimas.)

JENARO.- ¡Mia sorella!...

Escena X

NARCISA. GABRIEL. DON JOAQUÍN. DON PANCRACIO. LUCAS. DON BENIGNO. DON ALBERTO. DON REMIGIO. DON POLICARPO. DON MARCIAL. ISIDRO. DON MARTÍN. Un MOZO. Concurrentes.

GABRIEL.- (¡Qué grata sorpresa!)

NARCISA.- (¡Ah! Él está allí y ha visto mi triunfo... Gracias, ¡Dios mío!)

DON JOAQUÍN.- (Acercándose.) No se ha dignado usted, hermosa Narcisa, de comprenderme en su benéfica cuestación...

NARCISA.- No sé... Donde hay tantas personas, he podido sin designio...

DON JOAQUÍN.- Admito la excusa; pero ¿qué se diría si dejase yo de contribuir a tan buena obra, siendo usted quien la ha promovido, y yo el que más admira sus virtudes... y sus gracias?

NARCISA.- (Me repugna este hombre.)

GABRIEL.- (Se me ha indigestado ese individuo.)

DON JOAQUÍN.- (Ofreciendo a NARCISA una moneda de cien reales.) Reciba usted el óbolo modesto de un apasionado...

NARCISA.- Antes, lo hubiera recibido; pero ahora... Ya no están aquí los pobres extranjeros.

DON JOAQUÍN.- Por no interrumpir a usted en su inspirada alocución...; por contemplar atónito tan dulces encantos...

NARCISA.- Puede usted guardar su donativo para cuando vuelvan...

DON JOAQUÍN.- No, reina mía; quiero que lo reciban de esa linda mano. (Intenta tomársela.)

NARCISA.- (Retirándola.) ¡Caballero!...

DON JOAQUÍN.- ¡Eh!, no sea usted desdeñosa, sólo conmigo, prenda de mis ojos...

GABRIEL.- (Acercándose más.) ¡Viva Dios...!

DON JOAQUÍN.- (Insistiendo.) Mano que no ha rehusado las rudas y callosas de unos perdularios, no es razón que esquive el contacto de la mía.

(Murmullos de desaprobación.)

NARCISA.- No quiero avergonzar a usted dándole la respuesta que merece. El público sabrá apreciar mi silencio, ya que usted no lo sepa agradecer.

GABRIEL.- La respuesta, sin embargo, es muy sencilla. Esta señorita es dueña de dar o negar su mano a quien bien le parezca. Ha podido darla con inocente orgullo a un necesitado, y negarla con altivo desprecio a un insolente.

DON JOAQUÍN.- ¿Qué oigo? ¿Se atrevo usted...?

GABRIEL.- Tal vez honra una mano curtida por el trabajo y por la intemperie, y tal vez otra muy pulcra y adamada sonrojaría a quien la tocara.

NARCISA.- ¡Oh Dios! Por piedad... (Yo tiemblo.)

DON JOAQUÍN.- Muy bien hablado; pero bueno sería saber a título de qué se mete usted donde no le llaman.

GABRIEL.- A título de hombre honrado: yo no necesito de otro para defender a una mujer insultada contra el infame que no la respeta.

DON JOAQUÍN.- ¡Oh!, esto es ya demasiado. Yo le haré a usted ver que con manos muy pulcra se puede corregir a un temerario.

NARCISA.- ¡Basta! ¡Oh desventurada!

DON PANCRACIO.- ¿Qué es esto?

(Sale del mostrador DON PANCRACIO. Agitación entre los que presencian la disputa: algunos se acercan y tratan de poner paz: otros, más prudentes, se retiran.)

GABRIEL.- (Dando a DON JOAQUÍN una tarjeta, y llevándole hacia el proscenio.) Supongo que no me hará usted esperar mucho la lección que me promete.

DON JOAQUÍN.- (Dando a GABRIEL otra tarjeta.) En la plaza de Oriente nos podremos ver dentro de media hora; y desde allí...

GABRIEL.- Convenido.

(Algunos curiosos han seguido a los dos rivales, entre ellos los amigos de DON

JOAQUÍN, y DON ALBERTO con los suyos.)

DON JOAQUÍN.- Estos dos caballeros serán mis testigos. (Señala a DON MARCIAL y DON POLICARPO.)

DON POLICARPO.- Estamos prontos.

DON JOAQUÍN.- Nombre usted los suyos.

GABRIEL.- Cualquiera lo será; que es demasiado justa y honrosa la causa que defiendo.

VOCES.- ¡Todos! ¡Sí!

GABRIEL.- Pero, ya que es fuerza elegir..., ustedes dos. (Señala a DON ALBERTO y DON REMIGIO.)

DON ALBERTO.- Con mucho gusto. ¿Armas?

GABRIEL.- Dejo la elección a mi adversario.

NARCISA.- (Se van a batir... ¡Oh tormento!)

DON MARCIAL.- Vámonos pues de aquí, que ya está el café alborotado, y si el lance ha de ser formal, como supongo...

GABRIEL.- Por mi parte, no admito transacción alguna.

DON JOAQUÍN.- Ni yo. (Hay días de maldición, y este es uno de ellos.)

(Se retira y le siguen los cuatro padrinos.)

Escena XI

NARCISA. GABRIEL. DON PANCRACIO. ISIDRO. LUCAS. DON BENIGNO.
DON MARTÍN. Concurrentes.

GABRIEL.- (A NARCISA muy conmovido. El diálogo entre los dos será rápido y a media voz.) ¡Adiós, interesante y virtuosa joven!

NARCISA.- ¡Adiós, mi bizarro defensor!

GABRIEL.- Esta es, Narcisa, la primera vez que me atrevo a dirigir a usted la palabra.

NARCISA.- ¡Ay, y acaso la última!

GABRIEL.- No lo temo, si no me he engañado al leer en esos ojos, como usted habrá leído en los míos, la simpatía de nuestras almas.

NARCISA.- Ni mi lengua ni mis ojos han aprendido a mentir.

GABRIEL.- ¡Narcisa adorada!

NARCISA.- ¡Por Dios, no exponga usted su vida...!, si algo le interesa la mía.

GABRIEL.- El honor me lo manda; pero confíe usted... Esos divinos acentos acaban de hacerme invencible.

NARCISA.- ¡Ay no, que soy muy desgraciada!

GABRIEL.- ¡Narcisa!... Esas lágrimas ahogadas... Ese semblante descolorido...

NARCISA.- Las fuerzas me faltan... Tantas y tan fuertes sensaciones... Un momento de placer tan cruelmente amargado... Un rayo de felicidad... que ya no volverá a alumbrarme... Mi corazón se rompe en mil pedazos... ¡Dios piadoso, amparadme!... Yo muero.

(Cae desmayada en brazos de GABRIEL. Acuden también a socorrerla los que están más cercanos. Movimiento general.)

GABRIEL.- ¡Narcisa!

VOCES.- ¡Agua!

OTRAS.- ¡Socorro!

GABRIEL.- ¡Ángeles del Empíreo, velad por ella: es vuestra hermana!

Acto III

Sala pobremente amueblada. La puerta principal en el foro, y otras dos laterales, una enfrente de otra. Dos butacas.

Escena I

DON FAUSTINO. BERNARDO.

Aparecen sentados.

BERNARDO.- ¡Vaya, vaya!, del cielo nos ha venido esta visita.

DON FAUSTINO.- Tal vez.

BERNARDO.- ¡Cuánto agradezco al buen Ruperto que me haya proporcionado tan alto honor...!

DON FAUSTINO.- Bien, vamos al asunto, y dejemos...

BERNARDO.- Sí, señor; pero hallar un bienhechor en quien menos podía yo esperarlo; ¡en mi casero!... Usted no conocía de antes a Narcisa, ¿eh?

DON FAUSTINO.- ¡Oh!... No, señor.

BERNARDO.- Al aparecerse en mis umbrales esa cara, he creído, como hay Dios, que venía usted a apremiarme...

DON FAUSTINO.- Al contrario; repito que el bienestar de usted y el de Narcisa corren a mi cargo desde hoy.

BERNARDO.- ¡Alma sublime!

DON FAUSTINO.- ¡Nada de lisonjas! No conviene que aquella criatura continúe dándose en vergonzoso espectáculo, expuesta a los malignos comentarios de los ociosos y a la procacidad de los libertinos.

BERNARDO.- Harto siento yo haber recurrido a este arbitrio, que no deja de repugnarle; pero la indignancia, la falta de protección... Dios ha oído al fin mis oraciones, y nos ha deparado un padrino generoso... ¡Oh!, y bien lo necesitamos, porque nuestra penuria viene muy de atrás. Los acreedores me acosan...

DON FAUSTINO.- No pase usted cuidado por eso: ya he dicho...

BERNARDO.- Y ha de considerar usted que perdemos una buena conveniencia.

DON FAUSTINO.- (¡Infame!) No la echarán ustedes de menos a mi lado.

BERNARDO.- Se entiende. Pero mi hija no ha de reducirse a la humilde esfera de criada.

DON FAUSTINO.- Nada de eso.

BERNARDO.- Dos tiene ahora para servirla, y no está en el caso...

DON FAUSTINO.- ¡Dale!...

BERNARDO.- Para ama de gobierno es demasiado joven.

DON FAUSTINO.- Ella será la señora de mi casa.

BERNARDO.- ¡Oh!, eso de señora...

DON FAUSTINO.- ¿Eh?

BERNARDO.- Ya ve usted, el honor...

DON FAUSTINO.- (¡Malvado!)

BERNARDO.- Sólo de una manera podría serlo decorosamente.
DON FAUSTINO.- Sí; pero... Apenas la he tratado...
BERNARDO.- Ni yo pretendo hombrarme de buenas a primeras con persona tan calificada. El tiempo y el trato allanarán todas las dificultades.
DON FAUSTINO.- Sí; yo espero...
BERNARDO.- Pero las hablillas del vulgo...
DON FAUSTINO.- No daré yo ocasión para ellas. Deseo sinceramente la felicidad, la completa felicidad de esa niña; y nada perdonaré para asegurársela, si ella se hace digna de mi protección.
BERNARDO.- Protección honesta y desinteresada; no lo dudo; pero la malicia de las gentes podrá creer otra cosa...
DON FAUSTINO.- ¡Es verdad!
BERNARDO.- Y a ella misma le parecerían sospechosos los favores de un extraño... ¡Ah!, me ocurre una excelente idea. Diremos que es usted tío de Narcisa...; y por consiguiente primo mío.
DON FAUSTINO.- Poco me gusta ese parentesco; pero ¡vaya!
BERNARDO.- ¡Qué honra para mí!...
DON FAUSTINO.- (¡Que haya padres tan viles!... Pero Narcisa es tan cándida como bella; y si librándola de la ignominia y colmándola de bienes llevo a granjearme su cariño...)
BERNARDO.- (Parece que cavila... No las tengo todas conmigo.) Ya comprenderá usted que yo no puedo separarme de mi hija. ¿Qué diría el mundo? Pero no soy hombre de estar a la sopa boba. Trabajaré... Entiendo de cuentas y tengo una letra regular.
DON FAUSTINO.- Bien...
BERNARDO.- Me encargaré del manejo de la casa.
DON FAUSTINO.- ¿Eh?
BERNARDO.- Por hacer algo, y por ahorrar a usted un mayordomo.
DON FAUSTINO.- Veremos... (¡Lástima de presidio!) (Se levanta y también BERNARDO.) Haga usted que venga al momento la muchacha.
BERNARDO.- No será fácil. Está comprometida por el resto del año...
DON FAUSTINO.- No importa.
BERNARDO.- Don Pancraccio reclamará daños y perjuicios...
DON FAUSTINO.- ¡Oh! Yo los abono. Tome usted. (Le da un bolsillo.) Se vendrán ustedes hoy mismo a mi casa; voy a dar las órdenes convenientes.
BERNARDO.- Mi eterna gratitud... (¡Qué cucaña!)
DON FAUSTINO.- De todos modos tendrían ustedes que desocupar esta muy pronto. Va a ser de otro dueño, y piensa derribarla.
BERNARDO.- Sí, algo he oído de eso... Parece que la Condesa quiere comprarla, porque lleva a mal que nos entre por una triste reja la luz de su jardín.
DON FAUSTINO.- A propósito, va a venir a verla...
BERNARDO.- Cuando guste.
DON FAUSTINO.- Pronto volveré... Prevenga usted a Narcisa favorablemente...
BERNARDO.- Claro está.
DON FAUSTINO.- Adiós.
BERNARDO.- Adiós, querido primo.
DON FAUSTINO.- ¡Oh!... (Se reprime, echa una mirada de indignación a BERNARDO y se retira cubriéndose el rostro con las manos.)

Escena II

BERNARDO.

¡Extraño fenómeno es el tal don Faustino! Le han enamorado perdidamente las gracias de Narcisa; y como si esto mismo no fuese ya bien raro en un hombre que hasta hoy no ha conocido más Dios, ni más prójimo que el dinero, parece como avergonzado de su debilidad...; como si le remordiese la conciencia... ¡Bah!, no hay tal vergüenza ni tales remordimientos. Aun si yo los sintiese..., harto justos serían, en verdad; pero ¿él?... No; la causa de su agitación es la lucha interior entre dos pasiones; la avaricia arraigada, y el amor naciente, pero impetuoso, como suele serlo cuando se apodera de una alma que siente por primera vez, y a tal edad, su punzante dardo. Lo que importa es no dar lugar a que la reflexión abra la puerta al arrepentimiento; (Hace sonar una campanilla.) y ya que tan propicia se me muestra la fortuna...

Escena III

BERNARDO. CATALINA.

CATALINA.- ¿Llamaba usted?

BERNARDO.- Sí. Voy a salir. Si mientras vuelvo, que no tardaré mucho, viene la Condesa nuestra vecina... (Toma el sombrero.)

CATALINA.- ¿Aquí la Condesa?

BERNARDO.- Sí; quiere comprar esta casita, y antes desea verla, según me ha dicho don Faustino. Franquea pues la habitación a esa señora.

CATALINA.- Bien está.

BERNARDO.- Y si vuelve también antes que yo el señor don Faustino, recíbele...

CATALINA.- Lo haré.

BERNARDO.- Pero con buen modo, con agasajo...

CATALINA.- Pues ¡qué!, ¿no es ya nuestro casero?

BERNARDO.- Algo mejor que eso: es nuestro protector, nuestro paño de lágrimas.

CATALINA.- ¡Calle!

BERNARDO.- Hemos salido parientes...

CATALINA.- ¡Oiga!...

BERNARDO.- Pero tú no te des por entendida... Adiós...

CATALINA.- Bueno. A mí ¿qué me va ni...?

BERNARDO.- En boca cerrada no entran moscas.

Escena IV

CATALINA.

¡San Antonio!, ¿qué parentesco es ese llovido del cielo... y con un hombre tan adinerado? ¡Hum!... Aquí hay misterio. Harto será que no debamos este milagro a la añagaza del mostrador. ¡Pues es claro! Yo no valgo gran cosa comparada con Narcisa; pero que me pongan como a ella en escena, o por mejor decir, en berlina, bien emperejilada y peripuesta, y malo ha de ser que no le pete a alguno este palmito. No, no; ¡Dios me libre! Pobre, pero honrada. Ello, se necesita una virtud a machamartillo para

que una hija de Eva, puesta así en el disparadero, no peque tarde o temprano... Bien sé que mi pobre señorita, digna de mejor padre, ha resistido cuanto le era posible tan bochornosa especulación, y lo que para otras sería trofeo es suplicio para ella; pero el despecho, cuando no la codicia, pudiera al fin cegarla, pervertirla... Me aflige esta idea, porque le he tomado tanto cariño... Pues si por eso no fuera, ¿estaría yo aquí todavía? Y con todo, será forzoso...

Escena V

NARCISA. CATALINA.

Llega NARCISA llorosa, azorada, y se precipita en los brazos de CATALINA.

NARCISA.- ¡Catalina!

CATALINA.- ¿Qué es esto, señorita?, ¿qué tiene usted?, ¿cómo viene así?...

NARCISA.- Es largo de contar... Necesito antes cobrar aliento...

(CATALINA la hace sentarse en una butaca.)

recapacitar... Sufrimientos crueles... Consuelos inesperados... Se agolpan y se confunden en mi mente tantas especies, que yo misma no acertaré... ¡Ah Catalina, qué día de prueba!

CATALINA.- Hable usted: yo soy digna de su confianza.

NARCISA.- Sí, amiga mía.

CATALINA.- El amo no está... Mucho es no haberle usted encontrado.

NARCISA.- Me han traído en coche. Ni hubiera podido venir de otro modo.

CATALINA.- Pues ¡qué!, ¿alguna desgracia...? Por Dios, sáqueme usted de inquietud.

NARCISA.- Desgracia... Hasta ahora no; ni el cielo permitirá que yo llore la mayor de todas después de haber halagado y fortalecido mi corazón tan dulce esperanza.

CATALINA.- ¡Esperanza! ¿Cómo...?, ¿de dónde...? Su padre de usted...

NARCISA.- Si mis ardientes votos son oídos allá arriba, pronto dejará de oprimirme su tirano yugo.

CATALINA.- ¿Qué oigo? (¿Aludirá...?)

NARCISA.- ¿Lo creyeras, Catalina? Yo, la más infeliz y desvalida de las mujeres; yo, criatura abyecta, vil mercancía a los ojos del mundo, aunque inocente y pura a los de Dios; ¡yo soy amada!

CATALINA.- Pero...

NARCISA.- Y lo soy de quien únicamente quisiera yo serlo; del mismo por quien palpataba en secreto mi corazón; y lo puedo declarar a la tierra y al cielo sin que mi labio tiemble ni el rubor asome a mis mejillas.

CATALINA.- ¿Será posible...?

NARCISA.- Pero breve ha sido mi alegría; por pocos momentos ha desarrugado su ceño mi adversa fortuna.

CATALINA.- ¿Cómo...?

NARCISA.- Mi dueño amado, mi noble campeón aventura en este instante su vida por defender mi honra.

CATALINA.- ¡Cielos!...

NARCISA.- ¡Ay!, abrazada a sus rodillas yo lo hubiera quizá detenido con mis lágrimas, con mis sollozos, si una congoja...

BERNARDO.- (Dentro.) ¡Narcisa!

CATALINA.- ¡Don Bernardo!
NARCISA.- ¡Mi padre! (Se levanta.)

Escena VI

NARCISA. BERNARDO.

BERNARDO.- (A CATALINA.) Déjanos.

(Se retira CATALINA por el foro.)

NARCISA.- No extrañe usted verme de vuelta tan pronto...

BERNARDO.- Lo sé todo: vengo del café. Iba a traerte con ánimo de que nunca lo volvieras a pisar.

NARCISA.- ¡Qué escucho!

BERNARDO.- Sí, hija amada. Había ya conocido, aunque tarde, mi lastimoso error. Confiado en tu cordura, en tu talento, y destituido de todo recurso, accedí a las instancias de don Pancraccio, sin reflexionar que te exponía a la maledicencia del vulgo.

NARCISA.- ¡Ah señor!...

BERNARDO.- Y antes hubiera tomado esa determinación a haber previsto las escenas de hoy. ¡Pobre Narcisa!... Pero has estado sublime, según me han dicho, y a estas horas todo Madrid se hará lenguas celebrando tu presencia de espíritu, tu caridad, tu patriotismo. ¿Qué no darían algunos hombres de estado por el aura popular que tú has sabido granjearte?

NARCISA.- Yo no la buscaba; yo no la quiero; pero obedecí a un impulso sobrenatural...

BERNARDO.- Siempre es útil cobrar buena fama...

NARCISA.- Lo mejor que puede desear una mujer humilde y honrada es que no se hable de ella.

BERNARDO.- Bien, bien... (¡Cuidado si es bachillera y mojigata!) Pues prefieres la paz doméstica y los goces tranquilos y sedentarios a una vana popularidad, desde hoy mismo verás cumplidos tus deseos.

NARCISA.- ¡Oh padre mío! Esas palabras son dulce bálsamo que cura mis heridas. Tanta bondad me anima a descubrir a usted un secreto... Mas ¿qué digo? Ya no lo será para usted el tierno cariño, la hidalga resolución con que, sin conocerme, me ha protegido, me ha ensalzado un joven...

BERNARDO.- Ya me han dicho... Sí, es de agradecer... (¡Esto nos faltaba!)

NARCISA.- Mi alma, no lo niego..., presentía..., anhelaba...

BERNARDO.- ¡Narcisa!...

NARCISA.- Y después... la gratitud...

BERNARDO.- No hay gratitud que valga. Un mero acto de galantería...

NARCISA.- De amor entrañable, que ahora estará acaso sellando con su sangre.

BERNARDO.- ¡Bah! No llegará al río. A esta fecha el ofensor y el defensor estarán probablemente trincando juntos y mofándose de ti.

NARCISA.- ¡Oh!, no lo creo. Si triunfa, como lo espero, vendrá a pedir a usted mi mano...

BERNARDO.- Y yo se la negaré. ¡Buen negocio, por Dios! Un amante de novela, un novio de café... ¿Quién os ese quídam?

NARCISA.- Un artista...

BERNARDO.- ¡Todos se llaman hoy artistas!
NARCISA.- Pobre sin duda...
BERNARDO.- ¡Brava recomendación! ¿Le habremos de mantener nosotros?
NARCISA.- Él sabrá...
BERNARDO.- Vamos, niña, déjate de locuras. Te sobra mérito para aspirar a más...
¿Y cuándo me vienes con esa sopa de ensalada? Cuando la fortuna nos sonrío; cuando el cielo te depara un valedor...
NARCISA.- ¡Cómo!...
BERNARDO.- ¡Un tío opulento!...
NARCISA.- ¿Es posible? ¿De dónde...? (Yo tiemblo.)
BERNARDO.- Va a venir... Recíbele con dulzura, con gozo, con amor... De él depende nuestra felicidad.
NARCISA.- Pero... ¡Oh Dios mío! Yo...
BERNARDO.- Guárdate de confiarle esos necios amores, o mi furor... ¡Hele aquí!
(Asoma DON FAUSTINO por el foro.)
Recóbrate... Enjuga esos ojos... (Saliendo a recibir y apretando la mano a DON FAUSTINO.) ¡Oh mi primo y señor!

Escena VII

NARCISA. BERNARDO. DON FAUSTINO.

NARCISA.- ¿Qué veo?
DON FAUSTINO.- (Aparte con BERNARDO.) ¿Está prevenida?
BERNARDO.- Sí; pero... la sorpresa... Será conveniente proceder con un poco de cautela...
DON FAUSTINO.- Bien; déjeme usted solo con ella.
BERNARDO.- Sí. (¿Cómo saldremos de esta crisis?) Pero no precipitemos... Por ahora, sea usted tío, nada más...
DON FAUSTINO.- ¿Se va usted, o me voy yo?
BERNARDO.- (Retirándose por la puerta lateral de la izquierda, que deja entornada.) (Estaré a la mira.)

Escena VIII

NARCISA. DON FAUSTINO.

DON FAUSTINO.- ¿Por qué tan sobresaltada, niña hermosa? Serénate. No es esta la primera vez que nos vemos.
NARCISA.- Después de tantos combates como hoy ha sufrido este pecho atribulado, no extrañe usted mi agitación, mi sorpresa...
DON FAUSTINO.- No estoy yo menos conmovido, hija mía.
NARCISA.- (Ofreciéndole una silla.) Suplico a usted...
DON FAUSTINO.- Sí; pero tú a mi lado.
NARCISA.- Bien estoy...
DON FAUSTINO.- Me obligarás a estar de pie...
NARCISA.- ¡Ah!, no.

(Se sientan.)

DON FAUSTINO.- La impresión que hiciste en mi alma cuando ha pocas horas te vi por primera vez, es de aquellas que jamás se borran; y si grata fuiste entonces a mis ojos, ahora... (No acierto a hablar.) Ahora que los vínculos de la sangre... (¡vil y cobarde mentira!) me permiten labrar tu ventura, inseparable ya de la mía...

NARCISA.- Si usted ignoraba, como yo, que tengo la honra de ser sobrina suya, no es de admirar que a uno y otro nos falte aquella libertad, aquella expansión propia de parientes que... que se han tratado. No obstante, usted me inspiró desde luego -¿porqué no he de confesarlo?- un afecto... que sentiría desterrar de mi corazón; y ahora comprendo que en aquel rasgo de generosidad cedió usted, sin saberlo, a la voz de la naturaleza.

DON FAUSTINO.- (¡Ay, no soy yo ni merezco ser tan dichoso!) ¡Narcisa...!

NARCISA.- Usted se presenta pues a mis ojos con los más favorables auspicios.

DON FAUSTINO.- ¿Sí? ¿Mi mayor dicha...?

NARCISA.- Pero yo ¡triste de mí!, ¿con qué títulos aspiraré a la confianza, a la benevolencia de usted?

DON FAUSTINO.- ¿Con qué títulos, preguntas, y Dios te ha dado ese rostro hechicero, esa gracia seductora...?

NARCISA.- ¡Ah!... Señor...

(Se levanta y también DON FAUSTINO.)

DON FAUSTINO.- ¡Oh adorable Narcisa!...

NARCISA.- Ese lenguaje...

DON FAUSTINO.- ¿Qué pecho de bronce no se rendiría...?

NARCISA.- (Haciendo un movimiento para retirarse.) Permítame usted...

DON FAUSTINO.- (Asiéndola de una mano, que suelta luego.) No; ¡detente! Tu voluntad será libre, enteramente libre: la violencia es impropia de mis años, indigna de mi carácter. Te respetaré, pero es forzoso que me oigas. Si aun esto es exigir demasiado; si tal vez soy culpable dejándome llevar de engañosas apariencias; si alucinados mis sentidos sofocan el grito de la razón, que me acusa y me atormenta, considera que nunca ni por nadie he sentido una pasión como esta que me avasalla y me enloquece; considera que tu misma situación excusa tal vez mi temeridad; (Bajando la voz.) considera, en fin, que es mi cómplice -¡oh infamia!- quien debiera ser tu escudo. No, no soy tu tío. Afuera mal forjadas imposturas y ridículos disfraces...

NARCISA.- ¡Cómo...!

Escena IX

NARCISA. La CONDESA. DON FAUSTINO.

CONDESA.- (Apareciendo por el foro y deteniéndose en la puerta sin ser vista.)
(¿Qué veo? ¡La niña del mostrador!...)

DON FAUSTINO.- Soy un hombre que te idolatra...

CONDESA.- (¡Don Faustino!) (Retrocede y se quita de la vista.)

Escena X

NARCISA. DON FAUSTINO.

DON FAUSTINO.- Un hombre, en cuyo arbitrio no está el darte otro pasado ni otro presente...; pero que puede ofrecerte un porvenir brillante; que premiará con ríos de oro la menor de tus caricias.

NARCISA.- (Con indignación.) ¿Se atreve usted...? ¡Oh vileza!... (Con amargura.) Pero usted no tiene la culpa de que mi estrella infausta, y las fatales circunstancias que me rodean, le hagan creer que me favorece cuando me aflige y que me honra cuando me insulta. ¡Ay, otro juicio había yo formado de usted! ¡Ay!, no esas riquezas, que desprecio; otro apoyo más honroso, más digno osó esperar mi pobre corazón creyendo ver en usted un deudo cariñoso, un amigo indulgente, desinteresado... (Sollozando.) ¡Ah!, faltaba a mi infortunio esta decepción amarga...

DON FAUSTINO.- ¡Oh cielo!... Óyeme...

NARCISA.- (Fuera de sí dirigiéndose hacia el foro.) ¡Aparte usted! Huiré del mundo..., de la vida...

(Salen al encuentro de NARCISA BERNARDO y la CONDESA.)

Escena XI

NARCISA. La CONDESA. BERNARDO. DON FAUSTINO.

BERNARDO.- ¡Detente!

CONDESA.- ¡Narcisa!

BERNARDO.- (¡La Condesa!)

DON FAUSTINO.- (A la CONDESA.) ¡Ah señora!...

CONDESA.- ¡La he oído... Es una santa!

DON FAUSTINO.- ¡Y yo el hombre más abominable...!

BERNARDO.- (Esto se va poniendo de mal cariz.)

CONDESA.- ¡Quería usted huir del mundo!... ¿Porqué? Muy corrompido está; pero aun hay almas capaces de comprender la de usted y admirarla, y si algo vale mi amistad...

NARCISA.- ¡Amistad! ¿Puedo yo tener amigos? ¡Ah!, ¿puedo yo creer en ellos?

CONDESA.- ¿Y cómo no, si eres un tesoro de gracias y de virtudes? ¡Oh! permite que te abrace, niña celestial. (La abraza.)

NARCISA.- Señora... Me abochorno...

DON FAUSTINO.- ¡Joven incomparable!, ¡honra de tu sexo!... ¿Podré esperar que perdones mi acerba injuria, mi funesta ceguedad?... ¿Funesta? No; yo la bendigo, porque con ella se ha acrisolado tu excelsa virtud. Yo bendigo esa noble repulsa, porque ella purifica mi amor y me infunde un nuevo ser. ¡Ah!, sé bastante generosa para olvidar mi involuntario desvarío, y para admitir la mano de esposo que te ofrezco con entusiasmo, con orgullo.

BERNARDO.- (¡Oh!, esto es mejor.) ¡Ah señor don Faustino! Tanta bondad...

NARCISA.- Me confunde tanta generosidad, y ni memoria queda ya en mi alma del pasado resentimiento: al contrario, ha ganado usted mucho en mi estimación y en mi respetuoso cariño; pero son harto limitados mis deseos para que pueda deslumbrarme el

oro, y soy demasiado sincera para dar en los altares un sí que desmentiría mi corazón.

DON FAUSTINO.- ¡Narcisa!

NARCISA.- Aún no sabe usted todas mis desdichas. Yo amo a otro...

DON FAUSTINO.- ¡Oh Dios!

CONDESA.- (¡A Gabriel!)

NARCISA.- Pero basta que le ame yo para que lo alcance el aciago influjo de mi destino.

CONDESA.- ¡Cómo...! Pues ¿qué...?)

BERNARDO.- ¿Te atreves, pérfida...?

DON FAUSTINO.- ¿Quién es el feliz mortal que me roba...?

(Se presenta en el foro GABRIEL.)

NARCISA.- (Con un grito de alegría.) ¡Ah!... Ese.

Escena XII

NARCISA. La CONDESA. DON FAUSTINO. GABRIEL. BERNARDO.

DON FAUSTINO.- ¡Gabriel!

GABRIEL.- ¡Narcisa amada! (Toma y besa con efusión su mano.)

NARCISA.- ¡Oh Providencia! Perdóname: he blasfemado.

BERNARDO.- (Con ira, interponiéndose.) ¡Aparte usted! ¿Quién le ha dado derecho...?

NARCISA.- ¡Mi amor!

GABRIEL.- (A BERNARDO.) Ya lo oye usted. ¿Hay otro más legítimo, más sagrado? Pero ¡mi tío aquí!... ¡La Condesa!...

CONDESA.- En quien usted y Narcisa tendrán siempre una amiga, una hermana.

GABRIEL.- ¿Y usted, caro tío...?

DON FAUSTINO.- Aparta, ¡maldición de mi vida! Tú habías de ser, para mayor tormento mío, el odioso rival...

GABRIEL.- ¿Qué oigo?

BERNARDO.- No lo será: no lo consentiré.

NARCISA.- ¡Señor!

DON FAUSTINO.- Si tu audacia se funda en presumir que un día ha de ser tuyo mi caudal, destierra tan ilusa esperanza: yo te desheredo y te mal...

CONDESA.- ¡Por Dios, don Faustino!... Resignación y fortaleza.

(DON FAUSTINO se deja caer abatido en una butaca.)

GABRIEL.- Yo no codicio ese malhadado caudal. Sin auxilio de nadie he podido, bien lo sabe usted, vivir independiente: ¿y qué no haré alentado, inspirado por el ídolo a quien de hoy más consagro el alma y la vida?

BERNARDO.- (¡Oh rabia!)

DON FAUSTINO.- (¡Oh desesperación!)

BERNARDO.- Pero ese ídolo no es libre; es una niña sin reflexión; tiene un padre...

NARCISA.- (Exaltada.) No, ¡no le tengo!, o a lo menos, no es digno de ese nombre santo el que tan inicualemente abusa de él. Perdonad, Dios mío, si a tanto se atreve mi labio... y no me lo reprende el corazón; pero hartos sacrificios me ha impuesto ya la

obediencia filial; y vos, Señor, (Alzando los ojos, como dirigiéndose al cielo.) me habéis dado un albedrío... de que sólo a vos he de dar cuenta; y sólo a vuestra divina protección he debido instintos que de nadie se aprenden; una honra que... que yo sola he defendido, y la perspectiva de una felicidad comprada con tantas amargas. Y niña como soy, y pobre, y calumniada, no me dejaré arrebatar este don del cielo, este galardón de mis martirios. No; mi mano no será de otro que del que ha sabido merecerla respetando mi desgracia, creyendo en mi pureza, y ofreciendo por mí al hierro homicida su sangre generosa.

BERNARDO.- (¡Soy perdido!.. Pero me vengaré.) (Entra en la habitación lateral de la izquierda.)

Escena XIII

NARCISA. La CONDESA. DON FAUSTINO. GABRIEL.

CONDESA.- ¡Oh Dios! ¿Se ha batido usted...?

GABRIEL.- Sí; he cumplido con un deber forzoso...; pero Dios ha mirado por la causa de la inocencia. Yo vuelvo ileso a los pies de mi amada, y el cobarde mofador queda castigado.

NARCISA.- ¡Ah! ¡Muerto tal vez!...

GABRIEL.- No; poca cosa... Un brazo atravesado: lo que basta para su escarmiento.

CONDESA.- Pero, ¡ah!, ¿quién es? (Yo tiemblo...) Si tiene valimiento...

GABRIEL.- No sé... Cambiamos de tarjetas... Aquí he de tener la suya. (Metiendo la mano en el bolsillo.) Pero él se guardará muy bien...

CONDESA.- (Toma la tarjeta y la lee para sí.) ¡Justo Dios!... (¡El infame libelista! Bien dije yo que no quedaría impune su atentado.)

GABRIEL.- ¡Qué!, ¿le conoce usted...?

CONDESA.- Sí; pero es de esperar que esa lección le corrija... (No sabrá Gabriel mi agravio, ni lo ufana que estoy de que él haya sido mi vengador.)

Escena XIV

NARCISA. La CONDESA. DON FAUSTINO. GABRIEL. BERNARDO.

BERNARDO.- Ya que mi casa se ha visto hoy tan favorecida..., (¡maldita suerte!) pido a ustedes un momento de atención. Acaban ustedes de presenciar lances sorprendentes, pero aún les falta saber el más peregrino de todos. Esa ingrata, por quien me he sacrificado, me juzga indigno de ser su padre...; y, valga la verdad, porque yo no quiero santificarme, no le ha faltado razón para subírseme a las barbas; pero ella no sabe, la infeliz, que puede lamentar otra desgracia mayor que la de tener un padre más o menos reprehensible.

NARCISA.- ¡Ah!...

GABRIEL.- ¿Cuál?

BERNARDO.- No tener ninguno.

NARCISA.- ¡Cielos!...

CONDESA.- ¡Oh!...

GABRIEL.- ¿Qué oigo?...

DON FAUSTINO.- (Volviendo de su anonadamiento.) (¿Qué dice?...)

BERNARDO.- ¡Magnífica ocasión para que ese caballerito haga nuevo alarde de su filantropía! Narcisa es una miserable expósita...

DON FAUSTINO.- (¡Una expósita!...)

BERNARDO.- Que hubiera perecido de hambre, de frío, o acaso en las garras de una fiera, si yo no la hubiese salvado: ¡y bien me lo paga, como hay Dios!

DON FAUSTINO.- (¡Expósita!...)

GABRIEL.- Esa triste historia, que por cierto no justifica, antes agrava la indigna conducta de usted, lejos de amenguar, acrece el interés que me inspira el dulce objeto de mi cariño, la esposa de mi elección.

NARCISA.- ¡Oh Gabriel, Dios te bendiga!

CONDESA.- ¡Oh cómo ciega la ira a los perversos! No, no es mayor desdicha carecer de padre, que haber de dar tan caro nombre a semejante monstruo.

BERNARDO.- ¡Señora!...

CONDESA.- Yo la adopto por hija desde este momento, y mi título más glorioso será el de madre suya.

NARCISA.- (Queriendo arrodillarse e impidiéndoselo la CONDESA.) ¡Bondad inmensa! A esos pies...

CONDESA.- No, hija mía; ¡en mis brazos! (La abraza.)

BERNARDO.- (Todo se vuelve contra mí. ¡Maldición...!) Yo admiro tanta magnanimidad; pero aun pudiera aparecerse quien con más derecho recibiera en sus brazos a mi pupila.

NARCISA.- ¿Quién?

BERNARDO.- He dicho que no tenía padre, porque hasta ahora nadie la ha reclamado desde que mi mujer y yo la encontramos abandonada a la puerta de una iglesia.

DON FAUSTINO.- (Levantándose muy agitado) ¡Cielo santo!

BERNARDO.- Pero si los indicios no mienten, no debe de ser muy católico el padre que la engendró. Tengo un documento...

DON FAUSTINO.- (Con ansiedad.) ¿Dónde, cuándo la recogiste?

GABRIEL.- (Con tono amenazador.) ¡Muéstralo! ¡Pronto!

BERNARDO.- ¡Poco a poco! No me acosen ustedes... Un papelote, que yo no entiendo...

DON FAUSTINO.- ¡Acaba!

(Lo saca del bolsillo BERNARDO y se lo arrebató GABRIEL.)

BERNARDO.- Pero un sabio, con quien no ha mucho lo consulté, me dijo que está en arábigo...

DON FAUSTINO.- ¡El pueblo, la época!... Habla, o mi furia...

BERNARDO.- Hace diez y ocho años...

DON FAUSTINO.- ¡Ah!

GABRIEL.- Son signos de taquigrafía...

DON FAUSTINO.- ¡No más!

BERNARDO.- En San Agustín...

DON FAUSTINO.- (Precipitándose en los brazos de NARCISA.) ¡Hija de mi alma!

CONDESA.- ¡Es posible...!

NARCISA.- ¿Será sueño...?

GABRIEL.- ¡Su padre!

DON FAUSTINO.- (Tomando el papel y reconociéndolo.) Sí, sí.

BERNARDO.- (¡Ahora sí que hemos hecho un pan como unas hostias!)

DON FAUSTINO.- Extravíos, locuras de mi juventud, que casi había borrado

enteramente de la memoria...; Por el honor de tu desgraciada madre, conducida a aquel pueblo con pretexto de tomar aires..., te expuse; no para siempre; no soy tan desnaturalizado, sino con ánimo de reclamarte luego... ¡Oh terrible noche!... Tu madre necesitaba también mis auxilios... ¡La infeliz espiró en mis brazos!

NARCISA.- ¡Oh santo Dios!

DON FAUSTINO.- Volví a saber de ti con las precauciones a que las circunstancias me obligaban. Nadie supo dar razón de tu paradero ni entonces ni después... Perdida, en fin, toda esperanza, hastiado del mundo y de mí mismo, me embarqué para Canarias; y el tiempo, los negocios mercantiles, mi creciente prosperidad, y más que todo una pasión bastarda, cicatrizaron mis heridas. ¡Oh divina Providencia!, ¿quién dudará ya de ti?, ¿quién no te bendecirá? ¿Cuándo, cuándo he merecido yo el torrente de felicidades que hoy derramas sobre mí?

NARCISA.- Olvidemos, oh padre amado, los días de duelo y de pesar. Harto los compensa este momento de júbilo inefable.

DON FAUSTINO.- ¡Oh!, sí, no cabe mayor dicha, mayor gloria en el mundo. Ven, Gabriel... ¡Qué injusto y qué descastado he sido para contigo!

GABRIEL.- ¡Por Dios!... ¿Quién recuerda ya...?

DON FAUSTINO.- (A NARCISA.) Dale tu mano.

NARCISA.- (Dándosela.) ¡Gabriel mío!

GABRIEL.- ¡Prenda querida!

DON FAUSTINO.- Abrazadme. (Los abraza.)

CONDESA.- (Enternecida.) Recibid mi parabién... La boda en mi casa, y yo la madrina. (Tendré valor para serlo y con placer.)

BERNARDO.-

(Volviendo el rostro para que no adviertan que está conmovido. Entre tanto, se felicitan recíprocamente en voz baja los demás interlocutores.)

(¿Cuánto va a que yo me enternezco también, ¡pese a mí...! (Enjugándose una lágrima.) ¡Sí tal! Y es que no debo de ser tan malo como yo mismo creía; sino que... la pobreza..., la holganza... Pero no he de dar mi brazo a torcer.) Señores, reciban ustedes mi enhorabuena, y para que sea más cumplida tomo la puerta...

DON FAUSTINO.- Sí, Lucifer en carne humana, huye para siempre...

NARCISA.- ¡Señor!

DON FAUSTINO.- Y lleva contigo nuestra...

NARCISA.- Nuestra bendición. Él me alzó de la fría losa donde yacía desamparada; su esposa, que sin duda goza en el cielo el premio de su caridad, acalló en su seno mis gemidos, me crió, me educó con la ternura y solicitud de verdadera madre; y si hoy, ¡oh padre mío!, le doy a usted tan grato nombre, a ella y a él se lo debemos.

DON FAUSTINO.- Sí, sí...

BERNARDO.- (Queriendo arrojarse a los pies de NARCISA, que le detiene.) ¡Perdóname, criatura sobrehumana...!

NARCISA.- ¿Qué hace usted? No permitiré...

DON FAUSTINO.- ¡Narcisa!... ¡Todavía he necesitado que me des esta lección!... Soy un niño con canas..., un idiota... ¡No es mucho! Tantos años cerrado mi pecho a todo sentimiento tierno y generoso; casi divorciado de la sociedad humana; huésped ingrato, esquivo, insensible de un mundo que nadie menos que yo debió juzgar con severidad; devorado, en fin, por el vicio más ruin y más estéril, la sórdida avaricia... ¡Ah!, ¿qué digo? En hora bendita subyugó mis potencias y sentidos. En ella veo ahora también la mano de la Providencia. Una voz secreta me mandaba acumular tesoros para resarcir un día con ellos las miserias a que yo mismo, padre sin entrañas, te condené al nacer. Esa misma voz me decía: ¡No goces tú mientras ella padece; no te hartes tú

mientras ella ayuna!

NARCISA.- ¡No más! Me aflige usted...

DON FAUSTINO.- (Enjugándose los ojos.) Basta, sí; gocemos, vivamos...
Celebremos todos tan fausto día... (Apretando la mano a BERNARDO.) ¡Todos! Mis
arcas están abiertas para ti; para vosotros mi corazón; para Dios una alma, (Abrazando a
NARCISA.) que tú, ángel mío, has regenerado.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

